

*Serie documentos para la historia*

*No.7 Septiembre de 1997*



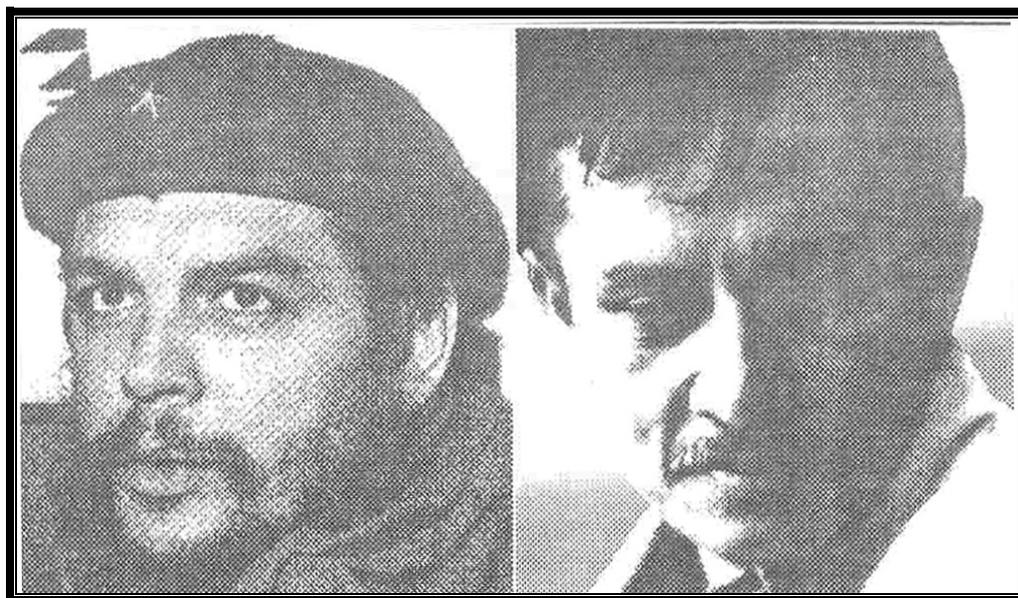
**CENTRO DE ESTUDIOS  
URBANOS Y REGIONALES**  
*Universidad de San Carlos de Guatemala*

*Publicaciones conmemorativas  
Del XX Aniversario*

**Dos revolucionarios en la historia de Guatemala:  
El Che Guevara y Mario Payeras**

**Julio Castellanos Cambranes  
Julio César Pinto Soria**

**"Una ceba milenaria, en cuya inmensa memoria se hubiera acumulado millones de mariposas, no pesaría tanto sobre el mundo como este hombre abatido en el ojo solitario de su propia tempestad." (Mario Payeras en memoria al Che Guevara)**



## PRESENTACION

En su Serie Documentos para la Historia, el Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR) de la Universidad de San Carlos de Guatemala, presenta en esta ocasión una publicación sobre el pensamiento y vida política del Comandante Ernesto Che Guevara y de Mario Payeras, así como sobre el contexto político que determinó su actuar de revolucionarios. La trayectoria revolucionaria del Che Guevara es ampliamente conocida, desde su participación en Cuba en el derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista en 1959, hasta su muerte en combate en Bolivia en octubre de 1967. Mario Payeras, revolucionario guatemalteco, fallecido a principios de 1995, comparte con El Che una historia política de similares características, pues fue uno de los principales dirigentes del movimiento guerrillero que se inicia en nuestro país hacia 1962, y que culmina a finales de 1996 con la firma de los Acuerdos de Paz. Por el carácter de su vida clandestina, y circunstancias del medio político guatemalteco, Mario Payeras sigue siendo todavía poco conocido en nuestro medio. El velo apenas empieza a romperse con la reciente edición de parte de su obra, la cual lo coloca entre los más importantes intelectuales de nuestro tiempo. En uno de los trabajos que hoy publica el CEUR, el lector encontrará mayor información sobre su obra literaria y trayectoria política.

La vida del Che Guevara y de Mario Payeras presentan muchas semejanzas, que probablemente van más allá del compartir una misma época e idearios políticos. El Che nació en 1928, Payeras en 1940. Les tocó, así, vivir un tiempo marcado por la irracionalidad y pleno de injusticias, contra el cual se rebelaron proponiendo un nuevo orden de cosas, precisamente más humano y sin el estigma de la explotación del hombre por el hombre. Crecieron bajo el impacto directo de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, y en la atmósfera agobiante y destructiva de la guerra fría que le sucedió, la cual se extendería por casi medio siglo. El Che no olvidó nunca el horroroso y asesino bombardeo nuclear de Hiroshima y Nagasaki ordenado por Truman, Payeras los escalofriantes campos de exterminio nazi, especie de museo del terror, que como estudiante tuvo la oportunidad de conocer en la República Democrática Alemana. Posteriormente, en medio de la polarizante guerra fría, vivieron la criminal intervención de Estados Unidos en Vietnam, como también los frustrados intentos de la América Latina por escapar al tutelaje norteamericano, el enseñoreamiento de sangrientas dictaduras militares, etc. Ambos estuvieron igualmente conscientes del absurdo, de que mientras millones de hombres enfrentan extrema miseria hasta perecer de hambre, pequeños grupos elitistas viven y vegetan en el hartazgo del consumismo característico de nuestra época.

El Che y Payeras se asemejan también en tanto intelectuales brillantes. Hicieron de su praxis política motivo de reflexión sobre los problemas del hombre de nuestro tiempo, asumiendo actitudes críticas poco frecuentes en un mundo plegado de cobardía, indiferencia o sumisión ante el estado de cosas. Inusual igualmente por tratarse de un mundo dominado por dogmatismos y verticalismos políticos, ya que fueron contrarios a una militancia política ciega y acritica, supeditada a formas caudillistas de mando. En realidad, la tradicional forma de hacer política, hecha siempre a espaldas del pueblo. Sus posiciones divergentes frente a ortodoxias, su manera diferente de ver

las cosas, las asumieron en forma honesta y pública, tomando la responsabilidad sobre sus actos y proponiendo nuevos caminos que fueron primeros en seguir.

El Che y Payeras compartieron un sentido generoso de la vida, de desprendimiento y de predicar con el ejemplo, de saber vivir y morir por las cosas que se creen. Los dos, ante la encrucijada o el drama de proponer el socialismo como alternativa para un desarrollo pleno del hombre, no cerraron los ojos ante las graves deficiencias y aberraciones que presentaba el "socialismo real" imperante entonces, asumiendo frente al mismo una actitud crítica y abierta. Tanto Payeras como El Che, permanecieron hasta el final de sus vidas fieles al pensamiento de que se debe construir un nuevo orden social, se le llame socialismo o de otra manera, pero que represente la negación de las limitaciones y aberraciones del capitalismo, que conocemos sobradamente a través de su dominación en los últimos siglos, pleno de guerras genocidas, barbarie, explotación y discriminación, destructor de los recursos de vida del planeta.

La vida y obra del Che Guevara y de Mario Payeras están íntimamente vinculadas a la historia latinoamericana y guatemalteca de las últimas décadas, la cual en alguna manera sintetizan y simbolizan con su actuar. El primer trabajo busca introducir al lector en ese contexto latinoamericano, en especial sobre el papel político y económico desempeñado por los Estados Unidos que, evidentemente, explica gran parte de nuestra historia reciente. El segundo es titulado "A 30 años de su asesinato de Bolivia: La presencia viva del Che Guevara en Guatemala", del historiador guatemalteco, Julio Castellanos Cambranes, radicado en España. Y el tercero es "Recordando a Mario Payeras", del historiador Julio César Pinto Soria, que apareció publicado en la revista Mesoamérica No. 30 (1995).

La Coordinación

***Algunas reflexiones sobre el origen y el destino de las revoluciones de América Latina***

**Julio César Pinto Soria**

Guatemala, con Latinoamérica vivió desde el fin de la Segunda Guerra Mundial una época especial de su historia. Los aires libertarios de la lucha contra el fascismo inspiraron movimientos contra las dictaduras locales, retomándose la batalla por implantar la democracia, el desarrollo y el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Los Estados Unidos entonces todavía hacían gala de su política del *buen vecino*, instaurada por Franklin Roosevelt a principios de la década de 1930, y no se opusieron de inmediato a los movimientos de renovación nacional. Entre otros, destacan el peronismo en la Argentina, el liderado por Getulio Vargas en el Brasil, y la Revolución Guatemalteca de 1944.

El beneplácito norteamericano sin embargo duró poco tiempo. Se había convertido en la potencia ganadora de la Segunda Guerra Mundial, por su aporte militar, pero sobre todo por la coyuntura favorable que significó el momento histórico para la expansión de su economía. En comparación con Francia e Inglaterra, o con la Unión Soviética que había perdido más de veinte millones de su población, las pérdidas sufridas por los Estados Unidos en la guerra eran comparativamente menores. Aparte del bombardeo japonés a la base naval de Pearl Harbor en Hawái, no conocieron, por ejemplo, ninguna confrontación militar en su propio territorio. El saldo total de norteamericanos muertos en el conflicto no pasó del medio millón, exactamente 405 399, según una fuente.<sup>1</sup>

Así, después de la guerra, su poder era cuestionado únicamente por el nuevo sistema socialista, surgido igualmente de la conflagración mundial en los Países del Este de Europa. En 1947, el presidente Truman (1945-1953) dividió ya el mundo en uno "libre", el otro, "comunista o soviético", que según él debía permanecer alejado de las Américas. En esa forma, Estados Unidos encontró en el anticomunismo el pretexto que le permitió combatir y acabar con los movimientos progresistas latinoamericanos, y mantener su hegemonía incuestionada, la cual debía alcanzar dimensión mundial. Según un estudio del Consejo de Seguridad Nacional de 1949-1950, los EE.UU. se arrogaban el derecho a imponer el, "... orden entre las naciones". El combate al comunismo soviético fue convertido así en una cuestión cuyo resultado equivalía: "...a la realización o la destrucción, no sólo de esta república, sino de la civilización misma".<sup>2</sup> Era la ideología que debía justificar la sobrevivencia y expansión de los Estados Unidos como el imperio de nuestra época.

---

<sup>1</sup> Appleman Williams, William, *El imperio como forma de vida*. ( México: Fondo de Cultura Económica, 1989), pág. 210.

<sup>2</sup> Appleman, *El imperio*, pág. 11.

En esa forma, autonombrándose el paladín de la lucha contra el comunismo, los Estados Unidos se convirtieron en defensores de la democracia en la América Latina. Ellos, que hasta entonces habían mantenido precisamente las dictaduras más sangrientas, impuesto a Cuba la enmienda Platt que mediatizaba su independencia de 1898, a través del control que se arrogaba sobre ella. Es el famoso tiempo de las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos, que la historia recogería como la época de la “diplomacia del garrote”. Amparados en sus distintas doctrinas de dominación, desde la Doctrina Monroe, el Destino Manifiesto, el guardián del orden en el Hemisferio, etc., a partir de la independencia de España habían incrementado constantemente su tutelaje sobre Latinoamérica. En 1904, el presidente Teodoro Roosevelt (1901-1909) justificaba así la doctrina de guardián del orden: “... la mala conducta crónica, o la impotencia que resulta en una disolución general de los vínculos de la sociedad civilizada, puede... en el Hemisferio Occidental...forzar a los Estados Unidos, aún en contra de su voluntad...al ejercicio de un poder de vigilancia internacional”.<sup>3</sup> En esa función policíaca, entre 1898 y 1919, los Estados Unidos intervinieron, usando fuerza militar, una treintena de veces en los asuntos internos latinoamericanos.

El intervencionismo y expansionismo, principalmente el inglés en el siglo XIX y después el norteamericano, se vio también facilitado por la extrema debilidad de los recién independizados países latinoamericanos. Habían vivido la transición del colonialismo español a la formación de Estados nacionales a partir de bases económicas extremadamente débiles, lo que cobró forma en guerras civiles, inestabilidad política y creciente predominio del poder de fuerzas oligárquicas. El territorio del Istmo es especialmente ilustrativo de tales procesos, con el desmoronamiento de la República Federal de Centroamérica hacia 1840, y el surgimiento de los cinco países del área, donde asumieron el poder caudillos representativos de intereses latifundistas, más interesados en la expansión de sus bienes territoriales que en la formación de verdaderas identidades y sentimientos de carácter nacional. Estos grupos serán la espina dorsal de las economías agroexportadoras que vincularán al país con el mercado exterior, como fue el caso del café y las bananeras en Guatemala, bajo creciente control alemán y estadounidense respectivamente. Las oligarquías agroexportadoras locales serán base y principal aliado del intervencionismo y expansionismo norteamericano a lo largo del siglo XX.

Las ambiciones territoriales de las oligarquías latinoamericanas repercutían en guerras civiles y enfrentamientos intestinos, su voraz explotación de la población llevó muchas veces al estallido social, lo que proporcionaba el pretexto para el intervencionismo norteamericano en la región. El hecho se justificaba con el mantenimiento del orden, pero se trataba de salvaguardar sus intereses económicos y políticos sosteniendo gobiernos afines, de mantener su posición de gran potencia frente al rival inglés a lo largo del siglo XIX, hasta los recientes años de la guerra fría frente al bloque de países socialistas. Como en el caso de la República Dominicana con Rafael Leónidas Trujillo (1930-1961), o en Guatemala con Estrada Cabrera (1898-1920) y Jorge Ubico

---

<sup>3</sup> Appleman, *El imperio*, pág. 158.

(1931-1944), con el apoyo de los grupos elitistas locales, los EE.UU. habían sostenido dictaduras que le aseguraban la “paz social” al imperio, el campo propicio para que pudieran crecer y desenvolverse sus monopolios a lo largo del continente. Por su importancia estratégica, el Caribe y Centroamérica había sido principal escenario de su intervencionismo.

Nicaragua sufrió, por ejemplo, varias ocupaciones en la primera mitad del siglo, en 1909 y otras más entre 1912 y 1933. Ello dio lugar a la gesta patriótica de Augusto César Sandino, pero también a su asesinato en 1934, en contubernio con las fuerzas oscurantistas de la oligarquía local de los Somoza, quienes velarían por los intereses norteamericanos hasta el triunfo de la Revolución Sandinista de 1979. En 1905 y 1919, la República Dominicana fue también ocupada por los Estados Unidos, asumiendo en la última fecha el gobierno directo a lo largo de ocho años. En 1915 intervinieron igualmente en Haití, administrando la Isla como protectorado estadounidense hasta 1933. Una de sus tantas represiones sangrientas le costó al pueblo haitiano cerca de tres mil muertos. Motivo especial de su intervencionismo y enfrentamiento con los ingleses, había sido la construcción de un canal interoceánico; objetivo que alcanzó finalmente hacia principios de este siglo. En componendas con la oligarquía local, se logró la separación de Panamá de Colombia el 4 de noviembre de 1903. Días después, Estados Unidos obtenía derechos a perpetuidad sobre la Zona del Canal. De esa fecha hasta 1914, cuando empieza funcionar el Canal, *marines* norteamericanos permanecieron en el Istmo casi ininterrumpidamente.

Como se dijo, desde la independencia latinoamericana los Estados Unidos habían mostrado su vocación imperialista frente al Caribe y demás territorios situados al sur. Amparados en la doctrina del “Destino Manifiesto”, la que supuestamente los predestinaba a extender su hegemonía sobre todo el hemisferio occidental, hacia mediados del siglo le usurparon a México cerca de la mitad de su territorio. Cuba fue siempre especialmente codiciada, debido a su vecindad con los Estados Unidos y por su posición geográfica respecto del Golfo de México y el Atlántico, punto considerado clave para el control de los mercados del mundo. Ya en 1805, el presidente Jefferson (1801-1809) expresó, que más tarde o más temprano, su país debía tener el control sobre la Isla.<sup>4</sup> Así se explica que se opusieran al proyecto bolivariano de 1825-1826 de liberarla del yugo español, porque les convenía más que se mantuviera en su **status** colonial, mientras llegaba el momento de que fuera suya, como realmente sucedió después de la guerra angloespañola de 1898.

Desde décadas atrás los patriotas cubanos venían combatiendo por la independencia, en uno de cuyos enfrentamientos perdiera la vida José Martí en 1895. Hacia 1898, la batalla la tenían virtualmente ganada. Sin embargo, oportunísticamente los Estados Unidos intervinieron en el conflicto, derrotando a España. Como fruto de ello, obtuvieron el dominio sobre Puerto Rico,

---

<sup>4</sup> Boesner, Demetrio, *Relaciones Internacionales de América Latina*. (Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1980), pág. 65. La mayor parte de la información histórica sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina la obtuvimos de esta obra.

Hawai y las Islas Filipinas, lo que les permitía el control del Caribe y el acceso a los ricos mercados del Asia, especialmente a la China. Trato entre colonialistas, por la cesión de las Filipinas, España recibió veinte millones de dólares, Puerto Rico fue considerado por los EE.UU. como simple “botín de guerra”. Posteriormente, los patriotas cubanos y filipinos fueron duramente reprimidos por las fuerzas de ocupación norteamericanas. Fue así como se le impuso a Cuba la enmienda Platt, estableciéndose en su territorio la base militar de Guantánamo. El capitalismo mundial y los Estados Unidos, con una economía pujante después de la guerra civil de 1861-1865, entraban en su fase imperialista, en la feroz lucha por el reparto del mundo, por el control de mercados y esferas de influencia. Producto de ese forcejeo, pocos años después estallaba la Primera Guerra Mundial. No fue extraño, entonces, que en su ideario libertario José Martí incluyera reivindicaciones sociales contra el capitalismo y el imperialismo, ideario que inspirará más tarde a la Revolución Cubana liderada por Fidel Castro.

Esa era la situación en que se encontraba América Latina frente a los Estados Unidos hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial. Su evolución como conglomerado de Estados y naciones, sus particularidades políticas, económicas y sociales, estaban estrechamente vinculadas con ese país. Lógicamente, cualquier proyecto reformista nacional que quisiera cambiar seriamente tal situación, tenía que tropezar con los intereses norteamericanos, principalmente en el caso de países como Cuba, pero también en el de Guatemala.

En 1947 se encontraba plenamente instaurada la guerra fría. En 1948 se suscribió el Pacto de Bogotá, que daría origen a la Organización de Estados Americanos (OEA), verdadero ministerio de colonias de los intereses hegemónicos norteamericanos. Un año antes, se había creado el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), el cual fue considerado por los EE.UU.: “..como parte de su aparato estratégico anticomunista: lo que sería la OTAN para unir a Norteamérica y Europa occidental contra el campo soviético, el TIAR lo sería ... para el hemisferio occidental”.<sup>5</sup> En el establecimiento de relaciones de vasallaje entre los Estados Unidos y la América Latina, México permanecerá como la oveja negra, fiel a su política de no intervención y autodeterminación de los pueblos, originada con la Revolución de 1910.

Juan José Arévalo, primer presidente de la Revolución Guatemalteca, vivió ya ese clima de guerra fría y hostigamiento de los Estados Unidos. Enfrentó más de veinte conspiraciones donde estaba involucrado un embajador suyo, Richard C. Patterson, quien ante la amenaza de Arévalo de ser declarado persona *non grata*, fue finalmente retirado de Guatemala a principios de 1950. El coronel Jacobo Arbenz Guzmán, uno de los principales dirigentes de la Revolución, asumió la Presidencia en 1951, con el total apoyo del voto popular, pero en medio de un clima de intensa guerra fría, agudizado en 1952 por el conflicto de Corea. Uno de los primeros actos de Arbenz, dentro de una nueva política independiente frente a presiones externas, fue oponerse al

---

<sup>5</sup> Boesner, *Relaciones Internacionales*, pág. 255.

envío de tropas a Corea, coincidiendo con México, país que tampoco había aceptado la presión estadounidense de romper relaciones con la Unión Soviética.<sup>6</sup>

Guatemala simplemente intentaba un nuevo camino, cumplir con las promesas de la Revolución de Octubre, implantar la democracia y el bienestar social para su población, ejercer definitivamente sus derechos como país soberano e independiente. En lo primero, se consideró importante implantar una reforma agraria que permitiera el desarrollo del capitalismo, frenar el latifundismo parasitario e improductivo impuesto desde la conquista española y reforzado con el movimiento liberal de 1871. Se trataba, en realidad, de una reforma agraria moderada, con un proceso de expropiación bastante complicado, que indemnizaba plenamente al afectado. Otros cambios complementaban esa política social reformista: un Código de Trabajo que implantaba la jornada laboral de ocho horas, servicio de salud para toda la población, prestaciones a sectores como el magisterio, etc.<sup>7</sup>

En dos palabras, modernizar y democratizar el país, con medidas políticas y sociales vigentes por largo tiempo en otros lugares. Estas eran también las reivindicaciones de un empresariado progresista que, como había sucedido con sectores del ejército, le había dado su apoyo al proceso revolucionario de Octubre. Con las diferencias del caso, eran las mismas fuerzas sociales que impulsaron los otros movimientos reformistas de América Latina. Pero, al igual que ellos, en Guatemala la miopía política y oscurantismos profundos tuvieron como efecto que se le diera la espalda al pueblo, que se desistiera del proyecto de crear la nación moderna y democrática. Ello, en el apego a viejas estructuras y privilegios, al parasitismo a que había dado lugar una política secular de entrega del país a intereses económicos y políticos externos.

Algo similar sucedió con el ejército, pues, al final le dio igualmente la espalda al pueblo. Al tolerar la invasión mercenaria, cometió un acto de traición frente al país, aceptando las presiones estadounidenses para obligar a Arbenz a deponer el poder, para el que había sido electo popularmente. Pero, en contrapartida, también destaca la constante de jóvenes oficiales en lucha por rescatar la dignidad de la institución, por devolverle el espíritu progresista y popular de Octubre. Ese fue el caso del Movimiento de los Cadetes del 2 de Agosto de 1954 contra las fuerzas mercenarias de Castillo Armas, y del Levantamiento del 13 de Noviembre de 1960. Militares jóvenes que dejaron la vida por la dignidad de la nación, por crear la nueva Guatemala, cuyos nombres también registra la historia: Marco Antonio Yon Sosa, Luis Turcios Lima, Luis Trejo Esquivel, Rodolfo Chacón, Alejandro de León, Zenón Reina, Emilio Eva Zaldivar, Augusto Loarca. Posteriormente, Turcios Lima, Yon Sosa, y otros, asumieron una actitud más radical en su

---

<sup>6</sup> Vázquez Zoraida, Josefina, *México frente a Estados Unidos (Un ensayo histórico, 1776-1993)*. (México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

<sup>7</sup> Velásquez Carrera, Eduardo Antonio (Compilador), *La Revolución de Octubre. Diez años de lucha por la democracia en Guatemala, 1944-1954*. Dos vols. ( Guatemala: Centro de Estudios Urbanos y Regionales/Universidad de San Carlos, 1994).

cuestionamiento al orden de cosas, dando vida hacia 1962 al movimiento guerrillero guatemalteco, de una de cuyas organizaciones, "El Ejército Guerrillero de los Pobres" (EGP), sería cofundador y militante Mario Payeras.

La Revolución del 20 de Octubre de 1944 fue netamente nacionalista y de vocación democrática. Sin embargo, los Estados Unidos la vieron de manera diferente, y Guatemala, uno de los países más pobres y atrasados de América Latina, en un clima de aberrante guerra fría, fue convertida en una amenaza para el imperio. Pues, con toda su pequeñez, Guatemala sacaba a la superficie hechos graves y serios para el funcionamiento de un sistema de dominación económica mundial. Cuestionaba y desechaba la función que se le asignaba en un esquema de dominación económica mundial, que venía por lo menos desde la independencia y que los Estados Unidos habían llevado a la perfección como principal usufructuario de sus beneficios. El simple hecho de ejercer el derecho a su soberanía, de intentar un desarrollo económico nacional independiente, convertía a Guatemala en peligroso ejemplo que tocaba un punto neurálgico de los intereses políticos y económicos del imperio. En el caso de la United Fruit Company (UFCO) se debía evitar un precedente que resultaba peligroso a lo largo del continente, y por el mantenimiento del control sobre un territorio considerado siempre estratégico por su posición geográfica respecto de los dos océanos.

Los nuevos gobernantes norteamericanos que asumieron el poder en 1953, Eisenhower y Richard Nixon como vice-presidente (1953-1961) eran partidarios ardientes de sistemas dictatoriales para la América Latina. Los hermanos Dulles, Allan Welsh como director de la CIA y John Foster, Secretario de Estado, años atrás también abogado de la UFCO, tuvieron una responsabilidad especial y directa en la organización de *la operación Guatemala*, es decir, de la invasión mercenaria.<sup>8</sup> Ellos crearon a Castillo Armas para encabezarla, cuyo asesinato por la misma derecha latinoamericana en 1957, fue considerado por Eisenhower como una: "gran pérdida para el mundo libre". La intervención norteamericana se consumó en 1954, después de que Guatemala fuera condenada en la X Conferencia Interamericana de Caracas. Su Canciller Guillermo Torriello, uno de los principales líderes de la Revolución Guatemalteca, trató infructuosamente de detener el vergonzoso hecho. Por su denuncia valiente, por su dignidad y entereza, Torriello pasaría a los anales de la historia latinoamericana como el "Canciller de la Dignidad".

Con la caída de la Revolución Guatemalteca, fueron desapareciendo uno a uno también los otros gobiernos progresistas nacidos al calor de la coyuntura que se había presentado con la derrota del fascismo. Mediatizada por sus propias contradicciones, la Revolución Boliviana había dejado de ser una amenaza en 1953. En agosto de 1954, acosado por las fuerzas reaccionarias de su país, Getulio Vargas se suicida en el Brasil. En 1955, cae Juan Domingo Perón en la Argentina. A pesar de todas las ambigüedades del peronismo, desde su exilio en México El Che Guevara

---

<sup>8</sup> Jonas, Susanne, Tobis, David, *Guatemala: una Historia inmediata*.(México: Siglo Veintiuno Editores, 1979). Pág. 116.

llegó a deplorar su caída : “la ovejita gris pálida”, que en su rebeldía se había apartado del camino de vasallaje de los otros países latinoamericanos. Pues la Argentina, junto con México, habían sido los únicos en oponerse a los dictados de Washington en la Conferencia de Caracas contra Guatemala.

Pero, escasos años después, hacia 1960, con el triunfo de la Revolución Cubana los Estados Unidos vieron de nuevo seriamente amenazada su hegemonía en el hemisferio. En 1957 y 1958 habían caído las tenebrosas dictaduras de Rojas Pinilla en Colombia y la de Pérez Jiménez en Venezuela. Parecía formarse nuevamente un frente para combatir el secular hegemonismo norteamericano sobre la América Latina. En esas circunstancias, los Estados Unidos intensificaron su presión sobre Cuba revolucionaria, buscando resolver las cosas como lo habían hecho en Guatemala años atrás. Desde enero de 1961 habían roto ya relaciones diplomáticas con Cuba, ejemplo que siguió servilmente la mayoría de gobiernos latinoamericanos. Entre febrero y agosto de 1962, a dos meses de la crisis de los misiles soviéticos, Cuba vivió más de 700 actos de sabotaje que le costaron vidas humanas y pérdidas materiales. De todos modos, el imperialismo norteamericano encontró aquí la horma de su zapato, pues se estrelló ante la fuerza de la Revolución Cubana, sostenida por su pueblo, como había resistido la Revolución Mexicana de los inicios del siglo, de otro contexto y condiciones, pero también nacionalista y popular y que había inspirado a los revolucionarios de América Latina.

En 1961 había sido derrotada la invasión mercenaria de Bahía Cochinos, para cuya organización se prestaron el gobierno de Ydigoras Fuentes en Guatemala y la dictadura somocista de Nicaragua, con el respectivo respaldo de los grupos dominantes locales. Ante la presión y hostigamiento norteamericano, Cuba se fue radicalizando y se planteó como meta de desarrollo la vía socialista. Se radicalizaba, sobre todo, ante el cumplimiento de las promesas hechas al pueblo, de hacer los cambios estructurales, la reforma agraria, de implantar la política de nacionalizaciones, el ajusticiamiento de los esbirros batistianos que se habían ensañado con el pueblo. Es decir, se llevaba a cabo toda esa política reformista, cuya realización había fracasado hasta entonces en Bolivia, la Argentina, el Brasil, Guatemala.

El Che, a su paso por Guatemala había sacado ya sus propias lecciones, de que una revolución, si quiere ser auténtica, no podía hacerse sin el apoyo del pueblo, y mucho menos a espaldas de los Estados Unidos, como se lo hizo ver a un combatiente durante la lucha contra la dictadura de Batista: “¿Así que tú crees que podemos hacer una revolución a espaldas de los americanos? Las revoluciones verdaderas hay que hacerlas desde el primer momento y que todo el mundo sepa cómo son, porque hay que ganarnos al pueblo. Una revolución de verdad no se puede disfrazar”.<sup>9</sup> Durante su estancia en Guatemala en 1954, frente a la agresión que vivía el país de parte de Estados Unidos, también había sostenido: “Es hora de que el garrote conteste al

---

<sup>9</sup> Taibo II, Paco Ignacio, *Ernesto Guevara también conocido como El Che*. (México: Grupo Editorial Planeta, 1996), pág. 271. Buena parte de datos sobre la vida del Che los extractamos de esta biografía. Ver también: Guevara, Ernesto Che, *Obras. 1957-1967*. Dos vols. (La Habana, Cuba: Casa de Las Américas, 1970).

garrote si hay que morir que sea como Sandino...”<sup>10</sup> Una forma de pensar a la que permanecería fiel por el resto de su vida.

Fracasado el intento de la invasión mercenaria, con la crisis de los misiles de octubre de 1962, se obligó al menos a los Estados Unidos a desistir de futuras intervenciones. Habían exagerado la cuestión de los misiles para justificar una invasión total sobre Cuba, la que se tenía cuidadosamente preparada. Los misiles eran armas defensivas, del mismo carácter de las norteamericanas mantenidas en la base naval de Turquía, en la vecindad soviética. De espaldas a Cuba, se llegó a un arreglo entre las dos superpotencias, lo que ponía en evidencia, en ambos lados, una pugna de intereses geopolíticos. Para los Estados Unidos, la crisis de los misiles constituyó una prueba de su poderío de la que salió airoso, como lo señaló orgullosamente el entonces Secretario de Estado Dean Rusk: “Sostuvimos frente a frente la mirada, y el otro parpadeó.”<sup>11</sup> Pero la política de hostigamiento y aislamiento frente a Cuba, tuvo el efecto de obligarla a estrechar cada vez más sus relaciones con la URSS, algo que deploró después El Che, pues el apoyo y la ayuda del aliado nunca fue la más eficaz y sólo creaba lazos de dependencia, contra los cuales luchaba precisamente la Revolución Cubana.

En contrapartida a la promesa de la no intervención directa, los Estados Unidos endurecieron el bloqueo y la CIA intensificó sus intentos de eliminar a los líderes de la revolución, principalmente a Fidel Castro y al Che Guevara, a quien le seguía los pasos desde su estancia en Guatemala en 1954. Se recurrió sobre todo a la vieja política del bloqueo y el aislamiento, tal y como se había practicado con la Revolución Mexicana, al ofrecimiento de ayuda material a las *ovejas sumisas*, política que siempre había estrechado los lazos de dependencia y promovido las corruptelas de dictadores. Kennedy implementa así la “Alianza para el Progreso” a finales de 1961, una ayuda condicionada a no ser utilizada para el cambio estructural en favor del propio desarrollo, como reformas agrarias o políticas nacionalistas que afectaran los intereses de las transnacionales. Hoy, a casi cuarenta años, sabemos que tal ayuda no tuvo el menor impacto en el desarrollo latinoamericano, pero sí consolidó a los gobiernos de turno, que debían coadyuvar al estrangulamiento de la Revolución Cubana.

El mismo año de 1962, en la conferencia de Punta del Este en el Uruguay, Cuba fue aislada definitivamente del resto de la América Latina. La intransigencia norteamericana de no permitir países rebeldes en lo que considera su esfera natural de influencia, provocó una radicalización continental. Por un lado, la Revolución Cubana con su ideario de justicia social y autodeterminación de los pueblos, por el otro, el dominio de gobiernos militares sangrientos, como el implantado en Guatemala. Ello, en el dictado de Allan Dulles, el director de la CIA que había promovido la caída de Arbenz, de que: “...los países que más resisten a la subversión comunista

---

<sup>10</sup> Taibo II, *Ernesto Guevara*, pág. 73.

<sup>11</sup> Appleman Williams, *El imperio*, pág. 27.

son aquellos en que los militares están en el poder".<sup>12</sup> En medio de esa polarización, El Che, que todavía participó como representante cubano en la Conferencia de Punta del Este, emerge ya entonces como líder de una revolución latinoamericana que lucha por la justicia social y la soberanía, ideales por cuya realización dejará la vida años después en Bolivia.

En un clima de guerra fría, de feroz anticomunismo que encabezaban y promovían los Estados Unidos, se endureció el contexto latinoamericano a través de la implantación de dictaduras militares. Al mismo tiempo que se reprimía brutalmente cualquier protesta social bajo el pretexto del anticomunismo, todos los países de América Latina - de nuevo con la excepción mexicana - se plegaron a la vergonzosa política de hostigamiento y aislamiento hacia Cuba, del criminal embargo norteamericano que perdura hasta nuestros días. A pesar de ello, en medio de grandes limitaciones y sufrimientos para su pueblo, la Revolución Cubana rompía finalmente con la tradición de omnipotencia del poder norteamericano, que un día hizo afirmar a un cercano consejero de Franklin Roosevelt de que: "Ningún gobierno en el hemisferio occidental puede sobrevivir por un período prolongado sin el reconocimiento de los Estados Unidos".<sup>13</sup>

Cuando la política de gobiernos títeres no fue suficiente, los Estados Unidos recurrieron a la invasión directa, como en los peores años de la política del garrote de principios del siglo. Ese fue el caso de la República Dominicana en 1965, año en que tropas norteamericanas desalojaron la Junta Revolucionaria dirigida por el Coronel Francisco Caamaño Deñó, después de reprimir brutalmente al pueblo dominicano. Algo similar a lo sucedido en 1964 en Panamá, cuando corrió la sangre de estudiantes patriotas que simbólicamente habían izado la bandera panameña en la Zona del Canal. Como se dijo, en 1964 un golpe militar obligó a renunciar a Janio Quadros en el Brasil, y su sustituto, João Goulart fue un mandatario que ostentaba una posición nacional antiimperialista, que había condecorado a los altos dirigentes de la Revolución Cubana en 1961 y apoyado en su lucha por la autodeterminación de los pueblos. En igual forma fue derrocado Frondizi en la Argentina, quien se había acercado a El Che Guevara y reunido con él después de Punta del Este, buscando caminos para evitar que se cumpliera la política norteamericana del rompimiento total entre Cuba y el resto de la América Latina. A finales de 1964, un golpe militar sangriento, encabezado por los generales Barrientos y Ovando, puso definitivamente fin a lo poco que quedaba de la revolución democrática boliviana de 1952.

En ese contexto, ocurre en nuestro país en 1963 el golpe militar encabezado por el coronel Enrique Peralta Azurdía. El primero de América Latina en justificarse en la lucha abierta contra el comunismo. Se completó así lo iniciado con la intervención norteamericana de 1954, pues se prohibió definitivamente cualquier tipo de organización democrática, reestableciéndose las instituciones de carácter autoritario que habían dado lugar a la Revolución de Octubre. Arbenz había renunciado en 1954 con el fin de quitarle pretextos a la invasión norteamericana, de ahorrar

---

<sup>12</sup> Jonas, Tobis, *Guatemala*, pág. 117.

<sup>13</sup> Appleman, *El imperio*, pág. 193.

vidas humanas, confiando en que el militar que le sucedía en la presidencia respetaría la democracia y las conquistas de Octubre: "Un gobierno distinto al mío, pero inspirado siempre en la Revolución de Octubre, es preferible a veinte años de tiranía fascista sangrienta bajo el poder de las bandas que ha traído Castillo Armas al país".<sup>14</sup> Arbenz murió en México a principios de 1971, y en el hecho no se descarta la mano siniestra de la CIA. Al momento de su muerte, Guatemala vivía una de las peores embestidas del terror anticomunista que arrasó millares de vidas, y sin duda se dio cuenta que su sacrificio fue en vano. Así, a partir 1954, pero especialmente después del golpe de Peralta Azurdía, se enseñoreó de Guatemala el peor régimen de terror que haya conocido en su historia, del que recién se empieza a salir con la firma de la paz de finales de 1996

En 1970 da inicio el proyecto chileno de transición pacífica al socialismo, por la vía de las elecciones. Sin embargo, la elección popular de Salvador Allende fue catalogada por el embajador norteamericano como: "una dolorosa derrota" para los Estados Unidos, que era como un anuncio de la posición que adoptaría su país. Gobernaba Richard Nixon, y en paranoia anticomunista, el nuevo gobierno chileno fue calificado de inmediato como enemigo de los EE.UU., simple instrumento de intereses soviéticos. Así planteadas las cosas, la oligarquía local y las transnacionales crearon un anillo que debía asfixiar el intento reformista del hermano país.

Como en el caso cubano, Chile fue víctima de un bloqueo general y sistemático de parte de los Estados Unidos, en contubernio con las fuerzas locales más reaccionarias, saboteándose la venta de sus productos en los mercados tradicionales, como sucedió especialmente con el cobre. Henry Kissinger, Secretario de Estado de Nixon, justificó cínicamente la participación norteamericana en la caída del popularmente electo Presidente Salvador Allende: "Yo no veo por qué tenemos que apartarnos y permitir que un país se vuelva comunista a causa de la irresponsabilidad de su propio pueblo."<sup>15</sup> Aleccionados especialmente por la experiencia guatemalteca, los cubanos al hacer su revolución, como se dice popularmente, se habían curado en salud disolviendo las viejas fuerzas armadas, a partir de las cuales el fascistoide general Augusto Pinochet dio su sangriento golpe militar de 1973, que culminó con la muerte del propio Presidente Salvador Allende.

Luchas políticas y frustraciones, situaciones dramáticas que parecieran repetirse a lo largo de la historia latinoamericana. La pugna entre fuerzas que defienden el **status quo** y aquellas que buscan el cambio y la renovación social, la consolidación de la soberanía nacional. Conflicto en el cual, con mayor o menor peso, siempre han tenido un papel los intereses externos, en especial los Estados Unidos. Juan Manuel de Rosas en la Argentina es un ejemplo. Hacia 1850, en lucha por la implantación de un proyecto de contenido nacionalista para su país, fue finalmente expulsado del

---

<sup>14</sup> El texto de la renuncia de Arbenz en: Villagrán Kramer, Francisco, *Biografía política de Guatemala. Los pactos políticos de 1944 a 1970*. (Costa Rica, San José: FLACSO, 1993), pp. 157-161.

<sup>15</sup> Appleman, *El imperio*, pág. 12.

poder, teniendo que abandonar la Argentina subrepticamente en un barco inglés. Por iguales motivos y en similares circunstancias, un siglo después Juan Domingo Perón se veía obligado a dejar la presidencia. A finales del siglo pasado, al igual que Allende en 1973, el Presidente chileno José Manuel Balmaceda fue empujado al suicidio, después del infructuoso intento por la imposición de un proyecto de reformas de carácter nacionalista.

Cuba revolucionaria también trae a la mente la historia del Paraguay del siglo XIX. De 1814 a 1870, hizo el intento por crear un propio país, alfabetizándolo y buscando el bienestar material para su población, con propias pautas de desarrollo e identidad histórica. Pero, por sus grandes riquezas y posición geográfica, el Paraguay fue constantemente acosado por intereses externos. En 1870, en una alianza entre el Brasil, la Argentina y el Uruguay, con el poderoso apoyo del imperialismo comercial inglés, el Paraguay fue prácticamente destrozado en una atroz guerra, donde la mitad de su población sucumbió combatiendo. En otras palabras, un continente con una historia trágica, que pareciera hoy reflejarse en que la estabilidad y pujanza del vecino norteamericano, repercute fatal y brutalmente en vasallaje político y dictadura, injusticia social, miseria y atraso económico para la América Latina.

Más de medio siglo de historia, y los Estados Unidos parecieran confirmados en su papel hegemónico a nivel mundial, en su función de gendarmes del planeta. En lo referente a Centroamérica, combatieron hasta el último momento a la Revolución Sandinista de Nicaragua apoyando militarmente a la contrarrevolución. En el caso guatemalteco, como en el salvadoreño, sólo aceptaron una salida negociada del conflicto armado ante la presión de la opinión internacional. En 1994, intervinieron en Haití para reinstalar en el poder al presidente Aristede, a quien ellos mismos habían depuesto apoyando un golpe de estado en su contra. La intervención, como en los viejos tiempos, se justificó con el pretexto de reestablecer el orden, y porque era una forma de frenar el flujo migratorio de ese país hacia los Estados Unidos.

Terminada la “amenaza comunista” con el derrumbe del socialismo real, el pretexto para la intervención en los asuntos internos de otros países lo aporta ahora la lucha contra el terrorismo, el narcotráfico, etc. Así se intervino en Panamá en 1989, pisoteando todo tipo de acuerdos internacionales. Después de masacrar a población civil, el presidente del país, el general Noriega, fue depuesto y llevado ante la justicia estadounidense. Evidentemente un acto de prepotencia, de arrogancia del imperio norteamericano, de total irrespeto frente a otros países. El pretexto es combatir un mundo podrido en el que ellos mismos viven y lo fomentan. El depuesto presidente esbirro de Panamá era por ejemplo obra suya, un antiguo agente de la CIA. El narcotráfico, por otro lado, tiene su principal origen en el mercado de consumo norteamericano. Según cifras de la década del ochenta, la demanda anual de drogas del mercado norteamericano equivalía a más de 100,000 millones de dólares.

En esa forma, los Estados Unidos se encuentran hoy confirmados en su papel de paladín del capitalismo como forma de vida para el planeta. Pero el capitalismo tiene varias caras. La más benigna la presenta en países europeos y en algunos de la América Latina, aunque es indiscutible

su naturaleza rapaz y devoradora, expansionista, destructora del hombre y de los recursos de vida del planeta. Es sobre todo indiscutible su naturaleza belicista. Su crecimiento pareciera ir aparejado a la muerte y la destrucción, con guerras que han costado millones de vidas humanas. Dos de ellas de orden mundial, que colocan al planeta como a la antigua Cartago, cuyo tercer enfrentamiento con Roma no sobreviviría, como lo señaló Bertolt Brecht comparándola a la Alemania del final de la Segunda Guerra. Evidentemente, en países como Guatemala, no hemos conocido nunca un capitalismo acompañado de bienestar económico y formas democráticas de vida, el frustrado sueño del Coronel Arbenz Guzmán. Entre nosotros ha mostrado siempre su cara más tenebrosa, una realidad económico y social que más se parece a los tiempos del capitalismo europeo de los siglos XVIII y XIX, cuya miseria y degradación humana describe magistralmente la novelística de Dickens o Balzac.

Las esperanzas que despertara el Sistema Socialista se vieron también frustradas, pues se mostró al final, como se le reprochó más de una vez a sus líderes, como una forma más de capitalismo de Estado, más interesado en hacer negocios, en disputarle mercados al adversario, que en construir verdaderamente un nuevo orden social. Eran, además, pésimos estrategias políticos. Según Nikita Krushev, en esa lucha por el control de mercados, en simple forcejeo económico, en dos décadas la URSS habría superado a los Estados Unidos en su calidad de potencia. Y las cosas resultaron al revés. El nuevo sistema pecaba sobre todo de las conocidas, viejas taras y arbitrariedades del capitalismo. Producto de una revolución netamente popular como la bolchevique de 1917, o contando con el apoyo y participación del pueblo en los países del Este de Europa, las metas socialistas populares habían sido finalmente abandonadas por sus dirigentes, convirtiéndose ellos mismos en un grupo más detentor y beneficiario del poder. Con miras igualmente expansionistas a la de cualquier imperio del pasado o del presente. Desde luego, en esa forma no podían pasar la prueba de la historia en cuanto al orden social igualitario, por el que lucha la humanidad de siglos atrás, y al que Mario Payeras y El Che Guevara, al igual que miles de hombres de nuestra tierra y el mundo, le dedicaron su obra intelectual y vida de revolucionarios.

El Che no aceptó los tutelajes estadounidenses, como tampoco aceptó los de un bloque autoritario socialista. Como en la mayor parte del mundo, entre el pueblo y la juventud de los Países del Este, la Revolución Cubana y sus líderes fueron vistos de inmediato con gran simpatía y admiración. Sin embargo, la Revolución Cubana había tomado por sorpresa a los dirigentes del campo socialista, y después de la crisis de los misiles fue vista hasta con desconfianza, en especial por su actitud de no plegarse a su mandato. Además, porque exigía el cumplimiento del deber de la solidaridad frente a la lucha de liberación de otros pueblos explotados, tal y como lo hizo El Che con su participación directa en la liberación del pueblo congolés entre 1965 y 1966. Se trataba de un sistema socialista más interesado en comerciar con el adversario, en mantener el principio de la coexistencia pacífica con un país que agredía mortalmente a Cuba. Que nada daba a cambio de nada, pues, toda "ayuda" estuvo siempre calculada: "... a precios de mercado mundial". El Che se dio cuenta de esta naturaleza de los gobiernos socialistas, comprobó que el "socialismo" ahí construido no correspondía a los ideales de Marx y Engels, y lo denunció en varias

oportunidades. Constató también el desinterés por la lucha revolucionaria de los pueblos bajo sistemas dictatoriales y sujetos a la dependencia imperialista. Que las armas que se daban para combatir a las tiranías no eran concedidas en solidaridad, sino vendidas por los gobiernos socialistas con el pago de moneda fuerte.

En la propia Cuba denunció tales tendencias aberrantes en la construcción del socialismo, combatiendo el burocratismo la función sumisa de satélites que asumían frente al Estado antiguas organizaciones sociales de lucha, como era el caso de los sindicatos. En la búsqueda de la construcción del hombre nuevo del socialismo, antepuso al estímulo material, predominante en los Países del Este, la actitud ética, el compromiso moral como motor esencial de la nueva sociedad. Para terminar con el atraso económico, promovió la industrialización que debía romper el círculo vicioso del monocultivo del azúcar. Una lucha a veces quijotesca, con el apoyo de un aliado estricto en los términos del intercambio y la “ayuda”, pero cuyo propio desarrollo económico y tecnológico dejaba mucho que desear, no proporcionaba las bases materiales eficientes, rápidas y necesarias para impulsar la anhelada industrialización que rompiera el cerco de la dependencia externa.

Así, con el fracaso del proyecto del socialismo real y el predominio del capitalismo y su principio de la competencia bárbara por la sobrevivencia del más fuerte, la humanidad pareciera encontrarse todavía en la prehistoria de sus más caras y verdaderas realizaciones. Y en esa lucha secular de la humanidad por encontrar caminos para llegar a formas dignas de realización del hombre, en convivencia y respeto mutuo, se encuentra una de las motivaciones del Che de hacer la revolución latinoamericana. Encabezada también por él mismo desde Bolivia en 1967, país entonces bajo la dictadura del general Barrientos. Se trataba de convertir a la cordillera de Los Andes en la Sierra Maestra revolucionaria del continente, crear con ello, si fuere necesario, uno, dos, tres muchos Vietnams contra el imperio. Pues, Vietnam, era el ejemplo de la lucha anticolonialista de los pueblos, había derrotado a los franceses en 1954, y, al momento de la muerte del Che, resistía heroicamente la intervención norteamericana. El Che ya no lo viviría, pero en 1973 el pueblo vietnamita obligaría al agresor a firmar la paz. La posible vietnamización del conflicto social latinoamericano, había sido uno de los temores de los Estados Unidos desde el triunfo de la Revolución Cubana, y fue otro de los motivos para la implantación de la “Alianza para el Progreso”. De ahí también la enorme cacería que montó la CIA contra El Che Guevara en Bolivia, y así frenar el peligro de la temida vietnamización.

La revolución latinoamericana la vio El Che como paso último para frenar una situación de atraso y dependencia que venía de siglos y que parecía perpetuarse. Y la realidad que se vivía, no muy diferente a la actual, parecía darle la razón. El planteamiento de la revolución como hecho necesario, ineludible, para poder terminar con la miseria secular en que se encontraban sumergidas inmensas masas de la población a lo largo del continente. La lucha iba dirigida contra los regímenes dictatoriales, que como en la primera mitad del siglo y con el mismo apoyo norteamericano, ahora bajo el signo de la “doctrina de la seguridad nacional”, controlaban el poder en la mayor parte de países. En el trasfondo de su actuar contra el imperio, se encontraba la

misma preocupación de Simón Bolívar de 1827, cuando organizó el Congreso de Panamá como respuesta a la política hegemónica planteada por el Presidente Monroe. Inteligente observador de su tiempo con el nacimiento del imperialismo como tendencia predominante, la preocupación la compartió con mayor razón Martí a finales del siglo. Advirtió entonces sobre peligro de que la vieja dominación española viniera a ser sustituida por la norteamericana, tal y como realmente sucedió.

En la carta de despedida a sus padres de 1965, cuando abandona Cuba para incorporarse a la lucha de liberación del Congo, El Che se autodenominó un “pequeño condotiere del siglo XX”. Sin embargo, acto y figura, se avienen más a la de un Quijote de nuestro tiempo, como el mismo se describe en la nota de despedida, cuando dice sentir de nuevo el “costillar de Rocinante”. Pero la salida del Che era, sobre todo, un acto quijotesco en el más puro internacionalismo proletario planteado por Marx y Engels en el Manifiesto Comunista de 1848. La práctica de un internacionalismo proletario ejemplo de solidaridad y desprendimiento, tal y como lo había mostrado la relativamente reciente guerra civil española de 1936. Su salida era para cambiar, enderezar un mundo torcido de tanta alienación y superficialidad, pleno de injusticias. Salía a combatir contra un mundo repartido en zonas de influencia, bloques de poder, dividido entre ricos y pobres, blancos y negros, entre norte y sur, desarrollado y subdesarrollado, primero y tercer mundo, etc.

En concordancia con sus ideales de lucha por una sociedad más humana y justa, El Che fue en el pleno sentido de la palabra un humanista. En su mochila de guerrillero en la Sierra Maestra, llevó siempre consigo, a la par del material bélico, poesía de Ruben Dario, Martí, alguna biografía de Emil Ludwig, etc. Sus captores de Bolivia, encontraron similar literatura, así como un cuaderno donde había transcrito poemas de Neruda, León Felipe, Nicolas Guillén. Un saber vivir y morir de acuerdo a los ideales, en ello El Che es también un ejemplo. Al final, derrotado y vejado por sus enemigos, pudo haber tenido la impresión del sin sentido, un haber fracasado, un sentimiento puramente humano, que arrancó también de Bolívar en su lecho de muerte la afirmación de haber “arado en el mar”. Hombre cabal y extraordinario, El Che no se dejó amilanar por la vileza de sus verdugos. Prisionero en una escuelita de un recóndito lugar de Bolivia, en una de sus últimas conversaciones se refirió al estado lamentable de la educación en ese país, orgulloso al respecto sobre el caso diferente de Cuba. Se refirió también a la necesidad, a la inmortalidad de la revolución latinoamericana. Se había aventurado en una lucha por la liberación del hombre, donde momentáneamente, de eso estuvo siempre consciente, se podía ganar o perder. En un momento fatal, él y su pequeño grupo nibelungo se vieron abandonados de todo y por todos, con el resultado del fracaso de la empresa y de su muerte. Y, a partir de ello, el orden establecido trata también de presentar el acto del Che como el de un fracasado, si mucho el de un idealista, cuando no como el de un maleante. Presentarlo como un fracasado, es una forma de descalificarlo, de quitarle su fuerza de ejemplo moral, de evitar la trascendencia histórica.

El batallar del Che no fue evidentemente acto estéril. Su actitud es un planteamiento de cara a las obligaciones que tenemos frente a nuestras vidas y nuestra época, nuestra responsabilidad sobre el tipo de futuro que estamos construyendo hoy. Su actuación es llamada

de atención sobre la gravedad de la situación que compartimos, ante la cual permanecemos indiferentes, conviviendo con un mundo tenebroso, injusto y destructivo del hombre, evadiendo la confrontación con los problemas básicos de nuestro tiempo. Su actitud es una llamada de atención para aprender a vivir con dignidad de hombre libre, en países libres, sin tutelajes vergonzosos y con verdadera justicia social. Ignacio Taibo, probablemente su principal y mejor biógrafo, llama al Che: “el Cristo laico de nuestro tiempo”. Mario Payeras, comentando “La muerte de un personaje”, obra musical que le dedicara el maestro Jorge Sarmientos en 1970, escribe sobre el significado de su vida resaltando la trascendencia de su muerte: “Una ceiba milenaria, en cuya inmensa memoria se hubieran acumulado millones de mariposas, no pesaría tanto sobre el mundo como este hombre abatido en el ojo solitario de su propia tempestad”.<sup>16</sup>

Como se dijo, El Che es una personalidad de nuestro tiempo ampliamente conocida, pero igualmente distorsionada. Con las líneas anteriores no se pretende abordar la historia de la América Latina de los últimas décadas en toda su complejidad, sino brindar un bosquejo que ayude a entender el pensamiento y batallar político del Che. También para rescatar un poco la memoria histórica de nuestro país. Pues es evidente todo un intento de distorsión, de negación de las verdaderas causas y circunstancias en que ha transcurrido nuestra historia reciente. Y así, a toda una generación de guatemaltecos se les está quitando o negando su pasado, permaneciendo huérfana de su verdadera historia, lo que viene a ser un absurdo, pues escamotea el presente en toda su riqueza y complejidad, la capacidad para transformarlo y mejorarlo.

Por otro lado, el propio capitalismo se ha encargado de dar a conocer la imagen del Che hasta en el último confín del mundo, pues lo volvió pieza de consumo, artículo de venta. Es también otra de las formas cómo el sistema establecido busca quitarle valor a su gesta. Sin embargo, mientras no dejen de existir las circunstancias que lo llevaron a él y a muchos otros a tomar las armas, seguirá siendo para el sistema una peligrosa amenaza, pues su pensamiento y ejemplo tendrán vigencia. La gesta del Che permanece así como una de las más ricas y vivas tradiciones de nuestro continente. De lucha contra la subyugación externa y por un desarrollo social que beneficie a todos por igual, como está viva la gesta de Hidalgo, San Martín, Bolívar y Martí. Una actitud vinculada a nuestras propias raíces que toca una profunda herida de ayer y de hoy: la necesidad de un desarrollo verdaderamente humano, en un mundo sin injusticia social y con el pleno derecho a la autodeterminación como países libres y soberanos. Un mundo donde, como lo proclamarán tanto El Che como Allende, los únicos privilegiados serían los niños.

Es en ese contexto latinoamericano y guatemalteco de la segunda mitad del siglo que se enmarcan los documentos que hoy presenta el CEUR. La época en que una generación de guatemaltecos quiso borrar la afrenta de 1954, hombres conscientes de la necesidad del cambio estructural, de efectuar la siempre postergada reforma, para lo cual la Revolución Cubana mostraba no sólo que era posible, sino que también señalaba el camino. De esta generación de

---

<sup>16</sup> Payeras, Mario, *Fantasia orquestal con pájaros fosforescentes*. (Manuscrito inédito, 1996).

hombres guatemaltecos son representativos Mario Payeras, Otto René Castillo y tantos otros que dejaron su vida a la largo de los últimos años.

En el caso de Guatemala, poco a poco va llegando a su fin una de las generaciones más brillantes y dignas, de intelectuales y políticos que dieron el salto a un intelectual nuevo, autores de la Revolución de Octubre o producto de ella y su atmósfera de creatividad y libertad, la que los comprometió con la lucha por construir un nuevo país. Hasta entonces, la mayor parte de ellos le hacia el juego al sistema, se entronizaban en sus espacios burocráticos y desde ahí hicieron su trabajo. Las excepciones, por su obra intelectual y actitud ética permanecen, entre otros, hombres como Rafael Arévalo Martínez o Adrián Recinos. El resto, se sometería por lo regular al plato de lentejas que le daba el sistema oligárquico para que sirviera a sus fines, dedicándole su labor intelectual, o callando sobre sus lacras e iniquidades. Mario Payeras, nacido con el Octubre revolucionario y defensor de sus ideales hasta la muerte, sigue siendo en muchos aspectos un desconocido para los guatemaltecos. Esto, por las señaladas circunstancias de su vida clandestina, por la ignorancia general que predomina sobre nuestros valores, pero también por los sectarismos todavía prevalecientes, los ninguneos políticos de antiguos compañeros de lucha. Aparte de su quehacer político, su obra intelectual y poética es valiosa por si misma, y lo coloca entre los valores contemporáneos de nuestro país.

Agregamos aquí algunos datos sobre Mario Payeras que ayudan a bosquejar su vida, en atención al lector menos informado. Nació en Chimaltenango en 1940 y falleció en 1995, durante su exilio en México. Entre 1964 y finales de 1967 realizó estudios de filosofía en Alemania, los que había iniciado años antes en México y continuado en Rumania. En esos años se había iniciado seriamente en su obra literaria, en cierta forma, con el beneplácito y apoyo de Miguel Angel Asturias. A finales de 1967 interrumpe su estancia en Alemania para incorporarse a la lucha revolucionaria de Guatemala, siendo uno de los fundadores del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) en 1972. De esa fecha a 1982, fue uno de sus principales dirigentes, abandonando dicha organización en 1984 en la búsqueda de otros derroteros políticos que ayudaran a encontrarle una salida a problemática nacional guatemalteca. Se apartó del EGP, pero no del batallar por construir una Guatemala mejor.

La mayor parte de sus concepciones políticas las dejó plasmadas en "Octubre Revolucionario", órgano divulgativo de la organización del mismo nombre que fundó en 1984 para plantear nuevas formas de lucha, consciente de que la compleja problemática nacional exigía, además de los métodos del cuestinoamiento armado, la incorporación de otras alternativas y actores políticos. Exiliado en México, mantuvo hasta su muerte preocupación constante por el desenvolvimiento de la crisis guatemalteca, y tomó parte en el debate desde los espacios de la prensa escrita. A finales de 1994 hizo el intento de retornar a la patria, pero se lo impidió la intransigencia del gobierno de Ramiro de León Carpio. Los últimos años fueron probablemente los más intensos de su actividad intelectual. En 1983 escribió *el Trueno en la ciudad*, donde recoge la experiencia guerrillera urbana de los años 1980-1981, con el ánimo de rescatarla como gesta histórica, pero también en función del aprendizaje, de la crítica y la autocrítica política. En medio de

su batallar guerrillero, antes ya había encontrado el tiempo para dedicarse a la labor que probablemente más amó: las letras. Así escribió, en 1979, *Los Días de la Selva*, sobre la formación e inicio de los frentes guerrilleros en el noroccidente guatemalteco en la década de 1970, obra que mereció el Premio Casa de las Américas de 1980. En esos años de la selva, escribió también buena parte de su poesía, publicada después como *Poemas de la zona reyna*.<sup>17</sup>

Es difícil decir, qué pesó más en Payeras, si la literatura, la filosofía o la política. Probablemente se trataba en él de campos inseparables. Su obra literaria y poética refleja lo mucho que había permanecido en él la sensibilidad de un niño, la capacidad del asombro. En ese sentido dejó un libro maravilloso de cuentos.<sup>18</sup> Le dedicó también su atención a la ecología, en su obra *La latitud de la flor y el granizo*, y escribió varios trabajos sobre el mundo del trópico, sobre las reservas boscosas del Petén.<sup>19</sup> Su aporte para entender la problemática étnica es también decisivo, tuvo la oportunidad de confrontarla desde su práctica política de guerrillero, y a partir de allí entendió que la futura nación guatemalteca sólo tendrá legitimidad y alcanzará su mayor riqueza histórica y cultural, en la mediada que el indígena sea parte igual y activa de ella.<sup>20</sup> Toda esta riqueza de la obra de Payeras permanece todavía dispersa en revistas, entrevistas, o como obra inédita, la cual su compañera Yolanda Colom está rescatando y preparando para su edición.

Para finalizar, los documentos que hoy se presentan tienen carácter testimonial, fueron escritos con evidente afecto e identificación con los ideales éticos y políticos que defendieran El Che y Payeras. Podemos estar o no de acuerdo con su visión sobre los hechos, pues aún es demasiado pronto para juzgar nuestra época con plena objetividad, y porque las luchas sucedidas afectaron los más encontrados intereses. No obstante, ellos nos ayudan indudablemente a comprender mejor nuestro país y nuestro tiempo, y en ese espíritu los publica el CEUR.

---

<sup>17</sup> Payeras, Mario, *Poemas de la Zona Reyna*. (Guatemala: Artemis y Edinter, 1997).

<sup>18</sup> Payeras, Mario, *El mundo como flor y como invento*. (Guatemala: Artemis y Edinter, 1996).

<sup>19</sup> Payeras, Mario, *Latitud de la flor y el granizo. Y otros escritos sobre el medio ambiente mesoamericano*. (Chiapas, México: Departamento de Comunicación y Difusión, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993)

<sup>20</sup> Payeras, Mario, *Los pueblos indígenas y la revolución guatemalteca. Ensayos étnicos. 1982-1992*. (Guatemala: Editores Luna y Sol, 1997).

***A 30 años de su asesinato en Bolivia:  
la presencia viva del Che Guevara en Guatemala***

**Julio Castellanos Cambranes<sup>21</sup>**

Guatemala vivió en 1962 un momento histórico conflictivo. La contrarrevolución de 1954 que eliminó las reformas democrático-burguesas, especialmente la reforma agraria, emprendidas por los gobiernos progresistas de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz, sólo produjo frustración, miseria y hambre en el país. A los ocho años del entronamiento del títere de la CIA que reemplazó al presidente Arbenz y de represión absoluta en todos los órdenes de la vida política, social y cultural, Guatemala era un país sangrante que mostraba todos los efectos de la intervención norteamericana. Decenas de miles de familias guatemaltecas fueron destruidas por la muerte, la prisión o el exilio. Se llegó a acuñar la frase de que Guatemala era el país del entierro, encierro y destierro. Las miles de caballerías de tierras expropiadas a la United Fruit Company y a los grandes terratenientes, y entregadas entre 1952 y 1954 a más de 100.000 familias campesinas que se dedicaron a trabajarlas con energía, les fueron devueltas a los latifundistas, apoderándose el desconsuelo y el hambre entre las grandes masas de la población rural. Al mismo tiempo, los barones del café que habían recuperado sus fincas, los militares traidores, los políticos corruptos y los comerciantes importadores contrabandistas, se adueñaban nuevamente del Gobierno y rehacían la infraestructura de poder que desde el siglo XIX les había permitido manipular a su antojo al Estado cafetalero, explotar impunemente a las masas trabajadoras y enriquecerse a su costa.

Al amparo de la permisividad que daban el asesinato, la persecución de la oposición democrática y el terror sembrado entre amplias capas de la población, comenzaron a labrarse nuevas fortunas en el sector agroexportador y dentro de las pujantes burguesías comercial y burocrática. Como en los días más negros de las dictaduras autócratas que habían imperado en la historia nacional, a la caída de Arbenz desapareció la libertad de expresión que fue una de las características de su Gobierno. La Iglesia católica, fiel servidora de los intereses de la oligarquía, restableció normas de conducta ultraconservadoras, que debían ser observadas por todos los ciudadanos y que penetraban hasta la mayor intimidad familiar. Mientras la sociedad se dividía de nuevo entre un pequeño sector, poderoso de ricachones que lo poseían todo y una inmensa mayoría de pobres que sólo poseían sus brazos para trabajar, comenzaron a escasear los alimentos básicos, las viviendas para los campesinos, las escuelas y los hospitales.

El sentimiento de derrota e impotencia predominaba en el país, cuando en 1960 el gobierno entreguista del Presidente Miguel Ydígoras permitió que el territorio nacional fuera utilizado por la CIA norteamericana para entrenar a miles de mercenarios cubanos que en 1961 invadieron Cuba y fueron derrotados en Playa Girón por las fuerzas patriotas revolucionarias cubanas. El 13 de noviembre de 1960, un sector del Ejército guatemalteco se levantó en armas en contra del gobierno ydígorista, y

---

<sup>21</sup> J.C. Cambranes es historiador guatemalteco.

pese a que casi todos los alzados muy pronto se acobardaron y se rindieron, un pequeño grupo de jóvenes oficiales y suboficiales patriotas decidió continuar la lucha por otros medios, entre los cuales se incluía la guerra de guerrillas como la realizada en Cuba por Fidel Castro y sus hombres en contra del tirano Fulgencio Batista.

Durante los meses de marzo y abril de 1962, poco después del primer intento de dar inicio a la lucha armada revolucionaria en el medio rural, estalló en la Ciudad de Guatemala un movimiento de movilización y lucha callejera estudiantil, conocido históricamente como Jornadas de marzo y abril. Este movimiento tenía la finalidad de obligar al Presidente Ydígoras a dejar el poder y marcharse del país. Tan cansado estaba ya el pueblo de los abusos de poder de la corrupta camarilla gobernante, que el movimiento estudiantil se convirtió rápidamente en movimiento cívico de masas urbanas exasperadas por la dictadura gubernamental y el hambre. La represión popular por parte del Ejército y la Policía no se hizo esperar, a lo cual respondió el pueblo levantando barricadas y luchando con piedras. Después de casi dos meses de batallas callejeras contra las fuerzas de choque ydigorista, la falta de un atractivo proyecto político que aglutinara a las masas descontentas y que sirviera de instrumento para sustituir al régimen a ser depuesto; así como el firme apoyo que el Gobierno tuvo de la oligarquía y los militares, frustró el movimiento cívico-estudiantil. El resultado fue la muerte de un número indeterminado de estudiantes universitarios y de nivel medio, y de personas pertenecientes a los estratos populares que valientemente le habían hecho frente al Ejército y la Policía. Sin embargo, del movimiento antigubernamental surgieron nuevos como valiosos elementos revolucionarios -lo que podría llamarse la nueva generación de revolucionarios guatemaltecos-, que a mediano plazo se vincularían a los militares insurrectos, empuñarían las armas bajo su dirección. Gracias a su mayor conciencia de clase y claridad ideológica, estos jóvenes le darían al movimiento insurreccional en gestación una orientación revolucionaria, convirtiéndolo en el movimiento guerrillero de masas urbanas y campesinas más importante de la historia de Guatemala. A diferencia de lo que suele afirmarse por renegados y plumíferos al servicio de la burguesía y del imperialismo, el movimiento guerrillero guatemalteco iniciado en 1963 surgió de las entrañas del pueblo, al cual pertenecía la mayoría de sus miembros combatientes y colaboradores. Fue provocado por las condiciones revolucionarias objetivas y subjetivas existentes en Guatemala, y por el ejemplo de la Revolución Cubana.

A fines de 1962, un pequeño grupo de representantes de las organizaciones estudiantiles, sindicales, populares y políticas, que se destacaron por su combatividad durante las Jornadas de marzo y abril, fuimos invitados por el Gobierno de Cuba a asistir como delegados guatemaltecos a los festejos del IV Aniversario de la Revolución Cubana. Sin pensarlo dos veces, nos atrevimos a romper la prohibición de viajar a Cuba que el Gobierno ydigorista, siguiendo instrucciones de la CIA, le había impuesto a los ciudadanos guatemaltecos. A mediados de diciembre viajamos a La Habana, vía México. En la Ciudad de México los invitados oficiales vieron crecer su número, al agregarse a él un fuerte grupo de guatemaltecos -hombres y mujeres- que, aprovechando la debilidad de carácter del responsable de los delegados (un poeta con el gatuno nombre de Félix), se autoinvitaron a los festejos, forzando su inclusión en la lista de integrantes de la delegación. Para consternación de los funcionarios del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, que no lograban entender qué es lo que estaba pasando y de dónde salía tanta gente, en vez de los 12 invitados arribamos a La Habana como 40

personas. Algunos de estos individuos convirtieron lo que originalmente era una delegación de hombres y mujeres representantes de lo más combativo del pueblo de Guatemala, en un abigarrado grupo de pintorescos personajillos y revolucionarios de salón. Guardo en mis recuerdos un sinfín de anécdotas acerca de estos individuos, que un día no lejano espero referir.

Fue durante ese viaje y permanencia en Cuba que conocí al Comandante Ernesto Che Guevara, el Guerrillero Heroico. La primera vez que lo vi era un día brillante de sol. Fue como una aparición anunciada y esperada. Era el 2 de enero de 1963 por la mañana y más de un millón de personas -todo el pueblo revolucionario de La Habana-, que con júbilo conmemoraba el magno acontecimiento del IV Aniversario del triunfo de la Revolución, se había dado cita desde muy temprano en la Plaza de la Revolución y sus alrededores. Yo, al igual que los delegados y agregados guatemaltecos, me encontraba en la tribuna principal de los casi mil invitados de más de cien países, esperando que terminaran de llegar los altos funcionarios del Gobierno Revolucionario y diera inicio el ya tradicional desfile militar y de las organizaciones de masas. Un poco arriba de donde estaba yo sentado se encontraba la tribuna de honor que ocuparían el máximo líder de la Revolución, Comandante en Jefe Fidel Castro, el Presidente de la República, Dr. Oswaldo Dorticós, los ministros, los principales comandantes revolucionarios y demás altos funcionarios del Gobierno. Ya casi todos ellos se encontraban sentados en sus lugares y yo los contemplaba admirado, con el corazón lleno de gozo y orgullo de saberme tan cerca de los hombres que habían hecho realidad el Primer Territorio Libre de América enfrente de las narices del imperialismo yanqui. Sólo faltaba la presencia del Comandante en Jefe, del comandante Raúl Castro, y del ya legendario Comandante Ernesto Che Guevara, para que diera inicio el desfile. Ante mí veía una impresionante masa de miles y miles de cubanos, hombres, mujeres y niños, cantando a todo pulmón estribillos y consignas revolucionarias. Gritos orquestados de "¡Fidel, seguro, a los yanquis dales duro!" y "¡Somos socialistas, p' delante-p' delante, y al que no le guste, que tome purgante!" se alternaban con otros más espontáneos y agresivos, pero siempre en coro, de "¡Gusanos asesinos, al paredón!", que indudablemente reflejaban la indignación y el odio popular hacia los contrarrevolucionarios que pretendían destruir la Revolución. Para mí, presenciar semejante concentración de masas y escuchar sus consignas revolucionarias era uno de los momentos más excitantes de mi viaje. Algo verdaderamente indescriptible por su grandiosidad. Ante mí tenía más pueblo revolucionario y más conciencia colectiva de cuanto cualquiera pudiese imaginar. Era cosa de pellizcarme para ver si estaba o no soñando, y si era verdad lo que estaba presenciando, de quitarme el sombrero ante el pueblo de Cuba. Había hecho su Revolución y la estaba disfrutando junto a sus líderes.

De repente, escuche un gran murmullo y vi que todos a mi alrededor comenzaron a agitar los brazos y a gritar la palabra que ya era universal: "¡Che, Che, Che!". Inmediatamente lo busqué con la mirada, me di la vuelta y casi me caigo al verlo a escasos pasos de donde yo me encontraba. Vestía su clásico uniforme verde olivo recién aplanchado y la boina negra con la estrella de oro de comandante ligeramente echada hacia atrás, como era su estilo. Estaba riendo lleno de regocijo, mientras unas atrevidas compañeras canadienses de edad madura le tiraban de las barbas y besaban en las manos y mejillas, y lo abrazaban con gran afecto y cariño, repitiendo "¡Oú Che!, ¡Oú Che!. El se paseaba divertido en la tribuna de invitados extranjeros y sonriente nos saludaba con las manos y hasta

abrazaba a algunos de los que se arremolinaban a su alrededor. Tenía un gesto de afecto para todos nosotros, ya que se sabía entre camaradas y amigos de la Revolución Cubana. Sin pensarlo mucho, con la impetuosidad y atrevimiento que se tienen a los diecinueve años, me le dejé ir, atropellando a unos australianos y franceses que me separaban de él, y con los brazos abiertos me fui derecho a abrazarlo. Lo logré a medias, porque sus brazos no le daban abasto para abrazar a tantos que deseábamos hacerlo al mismo tiempo. Sin embargo, los pocos segundos que pude tocarlo en ese precioso momento, me bastaron para darme por satisfecho. Regresé a mi lugar y todavía pude ver cómo continuó circulando varios minutos más entre visitantes de diversas nacionalidades. El rugido de un millón de gargantas cubanas que aclamaron el apareamiento en la escena de su máximo líder, forzó al Che a ir a ocupar su asiento en la tribuna. Durante las cinco horas siguientes que duró el desfile y el discurso de Fidel, El Che permaneció sentado tranquilo, fascinado como todos nosotros por el grandioso espectáculo de escuchar al Comandante en Jefe diciéndole a su pueblo lo que tenía que decirle y ver a las masas revolucionarias festejando su Revolución y escuchando con atención las palabras del Máximo Líder, a quien Che siempre veneró. Al final del acto, Fidel, Raúl, El Che y los demás comandantes se confundieron con la multitud, desapareciendo de nuestras vistas, pero dejándonos la impresión más grandiosa que habíamos tenido en nuestras vidas.

La segunda vez que vi al Comandante Che Guevara fue la noche del 5 de enero de 1963. Ya habían pasado los festejos del IV Aniversario que tan encantados nos habían dejado. Los cubanos se preparaban para celebrar el 6 de enero, Día de Reyes, en que suelen hacerle regalos a los niños y amigos. Ese inolvidable 5 de enero, durante el almuerzo en el hotel Habana Riviera, donde nos hospedábamos todos los guatemaltecos, se nos dijo que esa noche seríamos recibidos en audiencia especial por un alto personaje del Gobierno cubano. Para que la entrevista se desarrollara en secreto se había elegido una hora y lugar aún indeterminados. Por motivos de seguridad no se nos reveló la identidad del personaje sino hasta cuando ya nos encontrábamos sentados en el autobús que nos conduciría ante su presencia. La alegría y emoción que nos causó la noticia no nos permitió terminar de comer con tranquilidad. Así que desde el mediodía comenzamos todos a especular acerca de quién sería el alto funcionario que veríamos por la noche: ¿Sería Fidel?, ¿su hermano Raúl?, ¿el prestigioso Carlos Rafael Rodríguez? o, como muchos nos imaginamos casi inmediatamente, ¿El Che en persona? Todos sabíamos que él había vivido en Guatemala y que sentía un afecto especial por nuestro país. Por consiguiente, lo más natural era que fuera él el enigmático personaje que nos había concedido una entrevista para charlar con nosotros. Lo único que nos hacía dudar de ésta posibilidad, era que nos imaginábamos que el Che era uno de los hombres más ocupados del Gobierno, y que como Ministro de Industrias tenía más trabajo y mayores responsabilidades que como director del Banco Nacional de Cuba, el cargo que ocupó inmediatamente después del triunfo de la Revolución. Hasta entonces habíamos tenido la estancia en Cuba más placentera posible. El alto honor de ser recibidos por El Che y dialogar con él era algo que apenas podíamos imaginarnos. Simplemente no podíamos concebir que nuestra importancia como guatemaltecos fuera para él tan grande.

Habíamos llegado a la Habana después de Navidad y celebrado el Año Nuevo más alegre de nuestras vidas, bailando una conga de cientos de metros de largo en las calles de la ciudad. El tamal de Año Nuevo lo habíamos comido en la casa del Vedado de nuestro Presidente Jacobo Arbenz, junto

a su familia y a antiguos personajes del derrocado Gobierno revolucionario guatemalteco que se habían dado cita en su residencia. En resumen, desde nuestro arribo al primer Territorio Libre de América, cada día había muchas cosas nuevas que conocer y admirar, pero el estar cara a cara con uno de los grandes artífices de la Revolución Cubana, como el Comandante Che Guevara, era lo que nos faltaba para hacer nuestra dicha completa. Casi por intuición, yo estaba seguro de que se trataba de él, cuya personalidad y popular sobrenombre casi habían llegado a ensombrecer al propio Raúl Castro, el segundo hombre en rango de importancia de la Revolución. Así que, previendo el encuentro, por la tarde fui a una librería y adquirí su libro La guerra de guerrillas, que en esos días había visto en todas las vitrinas de las librerías habaneras. Deseaba conocer más el pensamiento revolucionario y los métodos de lucha armada empleados en Cuba por ese legendario guerrillero de origen argentino que había sido un incansable viajero y estudioso del Continente americano, y que después de recorrer diversos países se había establecido en Guatemala y había vivido de cerca su frustrada Revolución democrático-burguesa, incorporándose después en México como médico al Movimiento 26 de Julio liderado por Fidel Castro. Como es sabido, Fidel, en una especie de reto a lo David contra Goliat, se propuso la tarea de derrocar por medio de las armas en la mano al gobierno del dictador cubano Fulgencio Batista y necesitaba que su fuerza expedicionaria contara con un médico. El Che Guevara ocupó esa plaza, destacándose después como un gran estratega militar y uno de los más importantes comandantes revolucionarios.

Después del almuerzo, Félix, nuestro responsable, fue abordado por el numeroso grupo de agregados, algunos de quienes le exigieron indignados su derecho a formar parte de la delegación guatemalteca que vería al alto funcionario cubano. El responsable habló al respecto con nuestro guía cubano -indudablemente un hombre de la seguridad del Estado-, y éste solicitó instrucciones de sus superiores. La generosa respuesta del misterioso alto funcionario que nos recibiría no se hizo esperar: a la audiencia nocturna podían asistir todos los guatemaltecos que lo desearan. El responsable hizo una nueva lista de asistentes, escribiendo el nombre, edad, profesión y lugar de procedencia de cada uno de nosotros. Yo di mis datos personales y, pese a vivir en la Ciudad de Guatemala, como lugar de procedencia puse "Ciudad Flores, Petén". Lejos estaba de imaginarme la importancia que El Che le daría a ese dato. A las nueve de la noche, en medio de una gran excitación, abordamos todos el autobús enfrente del hotel. Ya una vez dentro, Félix, con aire de conspirador, nos dijo en voz baja lo que ya todos sabíamos de antemano: que el Comandante Che Guevara nos recibiría esa noche. El grupo había aumentado de tal manera, que entre nosotros se encontraban agregados adicionales a los ya existentes, entre quienes recuerdo a un arquitecto gordo de Mérida, Yucatán, invitado a acompañarnos saber por quién, y a algunas otras personas más.

A las nueve y media de la noche, después de recorrer las aún bulliciosas calles de la Habana, nuestro bús se estacionó, en medio de la oscuridad más absoluta, enfrente del edificio del Ministerio de Industrias, en la Plaza de la Revolución que dominaba el monumento a José Martí, el Apóstol de la Independencia cubana que también vivió en Guatemala. Todos estábamos conscientes que coordinar la visita de una delegación extranjera no era fácil, pues se debía llegar exactamente a la hora y en el orden programado de antemano. Mientras esperábamos en el interior del autobús la autorización para abandonarlo e ingresar al edificio, el responsable del grupo y el guía cubano nos daban instrucciones

de cómo debíamos comportarnos frente al Comandante, quienes debíamos hablar en nombre de tal o cual organización de masas, y quienes debíamos hacer el papel de invitados de piedra, mantener la boca cerrada y sólo hablar si el Comandante nos hacía alguna pregunta directa. En la semioscuridad apretaba mi libro del Che, mientras pensaba que ante la situación que se avecinaba, quizá era mejor que me olvidase de estar pidiendo dedicatorias y autógrafos.

Poco antes de la diez de la noche el guía cubano nos anunció que ya podíamos bajar del autobús e ingresar al edificio. Lo hicimos silenciosamente, con el corazón en el puño de la emoción. El edificio estaba casi a oscuras, desierto. Sólo se veían unos pocos guardias armados que nos observaban con atención y simpatía, mientras unos milicianos nos sometían a algo más que un rutinario control de seguridad. Después, felices y contentos de haber pasado el control, ascendimos varias plantas y se nos hizo entrar a una sala amplia, en donde, casi al fondo, había una mesa larga con asientos para unas treinta personas o más. Yo fui de los primeros en entrar a la sala. Vi una puerta a mi derecha, al extremo opuesto de donde se encontraban la mesa larga y los asientos, e inmediatamente tuve el presentimiento que ese era el verdadero despacho del Che, que él se encontraba adentro y que saldría después que nosotros nos hubiésemos sentado. Instintivamente adiviné que se sentaría en la cabecera izquierda de la mesa, por lo que me encamine a ella casi corriendo, mientras los demás compañeros se abalanzaban sobre las sillas más cercanas, dejando desocupada la cabecera derecha. Una de las compañeras me señaló con la mano una silla junto a la suya, echándome una mirada de reproche que en buen chapín podía traducirse: "¡ydiai Ud.!, ¿porqué se fue tan lejos? ¡Tan baboso...! ¡Se hubiera sentado aquí!". Yo me sonreí y no le respondí. Estaba feliz de haberme sentado donde estaba, a la diestra de la cabecera, mientras el gordo yucateco lo hacía a la siniestra, quedando enfrente de mí. Ambos creo que teníamos los mismos pensamientos y calladamente esperamos a ver qué sucedía. Los demás compañeros también quedaron muy pronto absortos en sus pensamientos más íntimos, mientras que Félix nos preparaba para el encuentro, dándonos las últimas instrucciones acerca de quién hablaría después de él, quién diría esto y quién diría lo otro. La compañera de más edad, la antigua dirigente campesina Rosario Boches, una mujer indígena de casi setenta años, tenía la misión de entregarle al Che un regalo en nombre de toda la delegación. Era un bulto grande, cuyo contenido yo ignoraba, pero que me tenía completamente sin cuidado. Pasaron los minutos y El Che no aparecía por ninguna parte. La espera se nos hacía eterna y cada quien procuraba disimular su impaciencia de la mejor manera, sirviéndose de los refrescos que estaba sobre la mesa, hablando en voz baja, haciendo bromas chapinas alusivas a nuestra espera, viéndonos las caras y suspirando profundamente.

De repente se abrió la puerta del fondo y apareció la figura del Che Guevara en persona. No tenía la boina negra puesta y sonreía como si se encontrara con viejos amigos. Con paso firme de botas negras bien lustradas y amarradas, y con la mayor naturalidad del mundo, de manera muy campechana, se encaminó hacia nosotros, que nos habíamos parado al nomás verlo entrar, comenzando a aplaudirle fuertemente. Venía vestido con su uniforme verde olivo de fatiga y su puro en la boca, tal y como lo había visto la primera vez en la tribuna el 2 de enero. A pocos pasos de él venía su jefe de seguridad, el comandante Piñeiro, más conocido como Barba Roja, y varios hombres de su escolta personal. Todos estaban uniformados y portaban pistola al cinto. El comandante Barba Roja, a

diferencia del Che, se veía muy serio, con cara de pocos amigos. Era un hombre impresionante con planta de temible pirata de los siete mares, muy robusto y panzudo, alto, de pelo y barbas rojizas y ojos verde esmeralda que brillaban con mucha lucidez. Mientras El Che se dedicaba a saludar con un fuerte apretón de manos a cada uno de nosotros, el comandante Piñeiro fue a sentarse discretamente a una silla que se encontraba solitaria junto a una de las paredes, desde donde no nos quitó la acerada vista ni un segundo durante las aproximadamente seis horas siguientes que duró la entrevista. Los hombres de la escolta del Che, unos fornidos milicianos mulatos, también se sentaron cerca, manteniendo igualmente bien abiertos los ojos, prestos a evitar cualquier tipo de incidente que pudiera afectar la seguridad del Che. Pronto nos olvidaríamos de ellos.

El Che, que al lado de los guatemaltecos, generalmente de estatura baja, daba la impresión de ser un hombre alto y corpulento, comenzó a saludar afectuosamente a los compañeros y compañeras que se encontraban en el extremo opuesto a donde yo me encontraba, avanzando poco a poco hacia el extremo de la mesa, por lo que fui el último a quien dio un fuerte apretón de mano. Inmediatamente después, en vez de girar sobre sus pasos, se sentó en la silla de la cabecera de la mesa, exactamente en el lugar donde el gordo yucateco y yo lo estábamos esperando. Con gran satisfacción vi de reojo las caras de envidia de mis compañeros y comencé a observar con detenimiento y curiosidad las facciones de la cara, lo que decía, cómo lo decía, y los gestos que hacía mientras hablaba uno de los hombres más admirados y lleno de gloria del universo. Advertí su piel blanca pálida, que tenía la frente ancha, la nariz recta, los ojos verdes y el pelo castaño, casi rubio oscuro. Lo primero que hizo después de sentarse fue bajar los ojos y leer con el ceño fruncido la lista de nuestros nombres y datos personales que traía en la mano izquierda, mientras todos guardábamos un respetuoso silencio y lo veíamos con fijeza y atención, esperando su siguiente movimiento y que rompiera la conversación. Al poco tiempo levantó la cabeza, y con una amplia sonrisa hizo un comentario que fue celebrado por todos con grandes risas: "¡Esta parece ser la delegación de los poetas!". Y tenía razón, muchos de los delegados y agregados habían puesto "poeta" como profesión. Inmediatamente después nuevamente serio, comenzó a leer en voz alta el nombre completo de cada uno de nosotros, levantando después la vista para ver de quién se trataba. Le contestábamos alzando la mano derecha, a la vez que le asentíamos con la cabeza. En ocasiones, dialogaba brevemente con la persona nombrada, haciendo diversas preguntas relativas a su condición profesional, lugar de trabajo, situación salarial en la sociedad guatemalteca. Su voz sonaba viril y sus palabras eran convincentes, sin embargo escuchaba en silencio a su interlocutor y aprendía. A veces, después de pronunciar el nombre de algún compañero presente, le preguntaba si era familiar de alguna persona con el mismo apellido, que evidentemente parecía conocer. Cuando alguien decía "es mi hermano", "es mi tío", o decía tener algún grado de parentesco con la persona mencionada, El Che le preguntaba si estaba en Guatemala, se interesaba por su estado de salud y deseaba saber a qué se dedicaba "ahora", cómo estaba su esposa, etc., dejándonos a todos impresionados por la gran cantidad de guatemaltecos que parecía conocer y tener frescos en la memoria.

Así estuvo alternando su conversación con varios compañeros a la vez que fumaba su puro sin cesar. Yo sabía que era asmático, y me sorprendió ver la cantidad de puros que fumó esa noche y madrugada. Cuando un puro se consumía y hacía pequeño, lo apagaba en un cenicero que había

sobre la mesa, y poco después sacaba otro y le quitaba el anillo de marca antes de encenderlo. Ni bien había depositado el anillo de marca sobre la mesa, cuando el gordo yucateco lo agarraba y, con el pretexto de que los coleccionaba, se lo metía a la bolsa izquierda de su camisa guayabera. La ocurrencia del mexicano, que pronto encontró un imitador entre los delegados guatemaltecos, hizo que el Che y los que estábamos cerca de él riéramos más de una vez. Creo que todos adivinábamos que el gordo iría después a presumir en su tierra, diciendo "este anillo de marca era del puro del Che", y desde ya disfrutábamos imaginando la escena.

Cuando llegó mi turno y El Che pronunció mi nombre, dejó caer un adicional "compañero petenero", que inmediatamente provocó algunas risitas burlescas de varios agregados que muy pronto tuvieron que tragárselas, al contar El Che que durante su estancia en Guatemala había estado a punto de residir y trabajar en la selva del Petén, donde sabía se encontraban los más grandes vestigios de la gran civilización maya. Relató a continuación la gran impresión que le había producido conocer las ruinas mayas de Quirigua, que inmediatamente relacionó con la civilización maya que floreció en el Petén, el extenso territorio del norte de Guatemala que ya entonces comenzaba a convertirse en una inmensa zona de depredación cultural por parte de saqueadores de tesoros y objetos de arte prehispánicos destinados a enriquecer las existencias de objetos de arte de museos norteamericanos y europeos, y de vanidosos coleccionistas privados guatemaltecos y extranjeros.

Entre el espléndido relato de su intensa vida en Guatemala, Che nos contó que durante su estancia en nuestro país había trabajado, entre otras cosas, descargando y cargando barcos en el muelle de Puerto Barrios. Nos refirió que su estancia en este puerto del Atlántico guatemalteco la aprovechó para conocer Livingston, el Río Dulce y el Lago de Izabal. Su plan consistía en remontar el Río Polochic y llegar al Petén a pie atravesando la Alta Verapaz, pero su falta de recursos económicos sólo le llevó hasta Quirigua, situado en el departamento de Izabal. Su estancia en Guatemala y su viaje a este importante sitio arqueológico del nororiente guatemalteco le hizo interesarse más por la antigua civilización maya, la cual demostró conocer al dedillo, hablándonos de lo fascinante que había sido para él leer sobre el gran desarrollo que habían tenido entre los mayas la medicina, la astronomía, la arquitectura, las matemáticas y la agricultura. Dejándonos a todos boquiabiertos, nos explicó la importancia que había tenido para los mayas la madre tierra, el cultivo del maíz y la agricultura intensiva. Mientras El Che disertaba sobre la grandeza de los mayas en el Petén y Yucatán, yo, henchido de emoción y orgullo, miraba burlonamente a los agregados que poco antes se habían reído de mí al ser llamado, petenero por El Che. Estaba convencido de que, al igual que la inmensa mayoría de los guatemaltecos de entonces, ninguno de ellos había puesto jamás sus pies en el sagrado suelo de mis antepasados, y que sus burlas eran fruto de su ignorancia y desconocimiento de la civilización maya prehispánica.

El Che Guevara llegó a Guatemala en diciembre de 1953 y permaneció en nuestro país hasta septiembre de 1954. Según nos relató, Guatemala fue para él la gran escuela donde se forjó como revolucionario. Llegó proveniente de su nativa Argentina, de donde había salido en dirección al norte de América como un inquieto aventurero en busca de sí mismo. Después de recorrer como un atrevido joven viajero miles de kilómetros por ferrocarril, carretera, barco y caminos casi intransitables de

Bolivia, Perú, Ecuador, Panamá, Costa Rica, Nicaragua y Honduras, arribó a Guatemala, centro de convergencia de muchos latinoamericanos progresistas, para sentir en carne propia las emociones fuertes que causaba ser testigo de una efervescente revolución democrático-burguesa. Pese a su juventud, El Che era un gran analista político y un gran observador del acontecer nacional de los países latinoamericanos que visitaba. Pertenecía a una generación de hombres con ideas sólidas, que buscaba romper las estrecheces de miras y el conformismo de sus padres, combinando la renuncia al bienestar económico personal con la difícil tarea de encontrar una solución a las desgracias y miserias del Continente americano. Era el vivo ejemplo de un joven hombre honesto con una ética y moral sometidas a una dura prueba que marcaría su vida. Las espectaculares medidas adoptadas por el Gobierno revolucionario guatemalteco, entre las cuales la más importante era la Ley de Reforma Agraria o Decreto 900, emitido en 1952, estaba lesionando seriamente los intereses de las hasta entonces todopoderosas United Fruit Company y oligarquía terrateniente, y merecieron los aplausos más calurosos del joven argentino. Sin conocer a cabalidad el diseño político global del Gobierno arbencista ni la constelación de fuerzas que en el seno de la izquierda y derecha pugnaban por la hegemonía del poder, su deseo de ser útil a la revolución guatemalteca le llevó a involucrarse directamente en el proceso de cambios que se gestaban en el país. De simple testigo no comprometido con la causa de los pobres de Guatemala, pasó a integrar las filas de los guatemaltecos dignos empeñados en desmantelar el poder de la burguesía agraria y el Estado cafetalero. Si inicialmente procuraba sobrevivir a la intentona de residir en Guatemala con casi inexistentes medios financieros, haciendo diversos humildes trabajos de ocasión, conforme se fue involucrando en el acontecer nacional se ofreció trabajar como médico en varios centros sanitarios para obreros y campesinos. En tal afán llegó a prestar servicios como enfermero en el Hospital General de la Ciudad Capital, como paso previo a trabajar como médico, pero las regulaciones del elitista Colegio Médico le impidieron ejercer la medicina como profesional. Se le llegó a exigir hacer equivalencias de su título de médico de Argentina, cursando un año de estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Cuando llegó el momento en que la invasión de mercenarios financiados por la CIA amenazó al Gobierno revolucionario, fue cuando su vida dio un salto cualitativo, al no vacilar en ofrecerse como voluntario para defender los logros de la revolución y la nueva sociedad que los revolucionarios guatemaltecos pensaban construir. El Che, abrazando la causa arbencista como propia, se había convertido desde entonces en revolucionario. Fue una lástima grande que el hombre en quien confió, Jacobo Arbenz, no haya sido capaz de saltar sobre su sombra de militar, y no haya tenido el valor de ponerse a la cabeza de su pueblo y enfrentarse con las armas en la mano al enemigo de la revolución. Este trago muy amargo tuvo que tomarlo El Che en Guatemala, pero le sirvió para sacar sus propias conclusiones acerca de lo que debía hacer en el futuro si se le presentaba nuevamente la ocasión.

Recuerdo muy bien que El Che nos relató la gran impresión que le causó la fuerte oposición derechista que los diarios guatemaltecos le hacían al Gobierno de Arbenz y lo mucho que le alarmaba ver la falta de espacios dedicados al debate sobre el futuro del país. El Ejército tampoco le inspiraba confianza, ya que tradicionalmente había sido el sostén de las dictaduras más negras y el brazo armado de los grandes terratenientes, lo veía como una institución formada por una gavilla de pícaros oportunistas y traidores de la peor especie. Por esto, muy pronto llegó a la conclusión de que si en Guatemala predominaban el oportunismo de una izquierda dividida y el entreguismo político de la

derecha tradicional por encima de los intereses nacionales, muy pronto la revolución quedaría reducida a cenizas. El Gobierno revolucionario sabía que los EE.UU. estaban preparando la contrarrevolución armada en Honduras y Nicaragua, y se encontraba en una inmejorable situación de armar al pueblo. Ningún partido del frente popular se hubiera opuesto abiertamente, ya que todas las bases estaban enfurecidas por las maniobras de la reacción, de impedir judicialmente la implementación de la reforma agraria. No se hizo, y cuando llegó la catástrofe de la invasión, tal como El Che lo había temido, el alto mando del Ejército conspiró para traicionar al Presidente Arbenz, pasándose a las fuerzas enemigas que coordinaba el embajador norteamericano en persona. El Presidente Jacobo Arbenz le merecía al principio mucho respeto. Después, El Che lamentó que en el momento de la verdad hubiera optado por asilarse en la embajada de México y salir del país. Esto no obstante, tal era su capacidad de comprensión de la realidad guatemalteca, y su aprecio por el Presidente Arbenz, que al triunfo de la Revolución Cubana El Che lo invitó a trasladarse a Cuba, dándole un lugar de honor entre los miembros de la colonia de exiliados latinoamericanos residentes en La Habana.

Nos contó El Che la gran decepción que había tenido en Guatemala, al ver que los políticos que se llamaban revolucionarios no perdieron tiempo para asilarse en masa en las embajadas extranjeras, especialmente en la mexicana, dejando al pueblo prácticamente a merced de las criminales bandas armadas de contrarrevolucionarios. Con individuos de tal especie los revolucionarios no podían actuar conjuntamente en la defensa de ninguna causa. También le desagradó sobremanera presenciar cómo miles de capitalinos vitorearon el ingreso triunfal a la Capital del presidente fantoche impuesto por los EE.UU. y sus acompañantes, entre quienes estaban el Embajador yanqui en persona, el Arzobispo de Guatemala y políticos y militares traidores. Entre algunas de las vicisitudes por las que tuvo que pasar a la caída del Gobierno revolucionario, nos refirió El Che una que le había herido profundamente. La dueña de la pensión situada cerca del parque Colón donde vivió muchos meses, después de tratarlo con bien simulado afecto y hacerle objeto de muchas atenciones durante el período revolucionario, a la caída de Arbenz se convirtió en una energúmena. Lo insultó con gruesas palabras y le arrojó sus pocas pertenencias a la calle, amenazándolo con denunciarle como comunista a la Policía si no desaparecía inmediatamente de su vista y si lo volvía ver. Nos dijo El Che que no estaba dispuesto a pasar nunca más en su vida por las humillaciones y frustración que vivió en Guatemala a la caída de Arbenz, y que en caso que los norteamericanos invadieran Cuba, antes estaba dispuesto a morir luchando junto con el pueblo cubano por la Revolución, que volver a sufrir la humillación del enemigo.

Nos contó El Che, que la lección más grande que había aprendido en Guatemala, y que los revolucionarios cubanos habían sabido aplicar en Cuba inmediatamente después del triunfo de la Revolución, sabiendo asimilar muy bien el pasado ejemplo guatemalteco, consistía en que si ésta deseaba protegerse y conservarse, era imprescindible disolver el Ejército de los poderosos, ajusticiar a los asesinos y esbirros que se encontraran en sus filas, y crear unas nuevas fuerzas armadas formadas por jóvenes revolucionarios. Unido a esto debía estar armar al pueblo para que defendiera la Revolución con su sangre si era necesario. Nos dijo que el gran error cometido en Guatemala, había sido preservar el Ejército de traidores a la Revolución, formados antes de, y durante la tiranía del dictador Jorge Ubico, y no distribuir armas entre aquellos del pueblo que estaban dispuestos a luchar

por la preservación de los logros de la revolución democrática, especialmente entre los campesinos que habían sido beneficiados por la reforma agraria.

Al referirse a la reforma agraria guatemalteca y a los diversos problemas que surgieron en Guatemala durante el proceso de su implementación, El Che me miraba fijamente, sabiendo que yo era estudiante de agronomía y que regresaría al poco tiempo a mi país. La vehemencia con que se dirigía a nosotros al hablar sobre este tema -y en particular a mi, que estaba sentado a su lado-, me hizo comprender que trataba de enviar un mensaje a los revolucionarios guatemaltecos: la reforma agraria es la tarea básica que debe realizarse en Guatemala. Sin reforma agraria no podrá nunca destruirse el poder económico, político y social de la oligarquía terrateniente que detenta el poder estatal a través de dictaduras militares y presidentes civiles marionetas. La reforma agraria es la única llave que existe para abrir la puerta de la democracia en Guatemala. Sin reforma agraria nunca habrá democracia en el país, ya que las masas campesinas sin tierra continuarán siendo condenadas a sobrevivir en la mayor miseria, vendiendo barata su mano de obra en las fincas cafetaleras. Por consiguiente, la reforma agraria, al redistribuir la tierra entre los campesinos pobres, permitiría que estos pudieran dedicarse por entero a trabajar para sí mismos y sus familias, y al no tener que trabajar para los finqueros ello contribuiría grandemente a la eliminación de la cruel explotación a que estaban siendo sometidos durante generaciones.

De esa manera abordamos el tema de la insurrección armada Revolucionaria en Cuba y al importante papel que tuvo en ella, y en el triunfo de la Revolución, la Ley de Reforma Agraria, decretada por los guerrilleros cubanos en la Sierra Maestra poco después de iniciada su lucha. Nos contó El Che lo difícil que fue el inicio de la insurrección en la montaña, los duros golpes sufridos por el puñado de guerrilleros que logró sobrevivir al ataque y acoso inicial de las fuerzas armadas batistianas. Nos refirió lo duro que era para la moral de los combatientes cuando un guerrillero, en quien se había depositado la confianza, se acobardaba ante los ataques del enemigo y, pretextando cualquier motivo, decidía claudicar la lucha, abandonar a sus compañeros a su suerte y bajar de la montaña. Este problema de desertión de gente de poca moral revolucionaria, nos dijo que era normal en todos los movimientos guerrilleros. En la Sierra Maestra lo habían resuelto al decretar la Reforma Agraria, ya que poco después tuvieron tal afluencia de campesinos a sus filas que, por falta de armamento y provisiones, se vieron en la necesidad de rechazar a muchos de ellos. Sin embargo, muchos más se les incorporaron después, cuando las condiciones de la lucha habían cambiado y lo requirieron sus necesidades logísticas.

El Che estaba consciente de que el movimiento revolucionario guatemalteco estaba pasando por momentos de autocrítica, después de cometerse grandes errores de apreciación de la situación nacional. El mismo Che sufrió en carne propia el fracaso de la primera guerrilla en la Baja Verapaz, en febrero de 1962, donde, junto con valiosos jóvenes revolucionarios como Rodolfo Heller Plaja, Carlos Toledo y Guillermo Grajeda Cetina, y otros más, perdió la vida su gran amigo Julio Roberto Cáceres Valle, más conocido como el Patojo Cáceres. Pero El Che sabía también que el movimiento insurreccional estaba reorganizándose y preparándose para pasar a una etapa superior de lucha, y que los reveses sufridos sólo eran eventualidades por las que tenían que atravesar todos los

movimientos armados que, siguiendo el ejemplo de Cuba se iniciaban en diversos países del Continente americano. Todos estos movimientos tenían vida propia, eran producto de la lucha de clases y las contradicciones internas de cada país, y, por más que el lo deseara, como Ministro de Industrias no le quedaba otra alternativa que observar a la distancia su surgimiento y proceso de desarrollo. Lo más que podía hacer, era recomendarle a los combatientes latinoamericanos que se acercaban a él en busca de orientación y consejo, que estudiaran la experiencia cubana, que meditaran con la mayor lucidez las consecuencias sociales, económicas y políticas que tendría para sus países forzar su democratización, que no dejaran nunca en su empeño por hacer la revolución, que no se olvidaran de la situación del campesinado y decretaran cuanto antes reformas agrarias que minaran en el medio rural el poder de la oligarquía terrateniente dominante. Lo demás vendría por sí solo. Los pueblos se encargarían de elegir a sus dirigentes más patriotas y dignos, y de darles a sus enemigos su merecido, tal y como estaba sucediendo en Cuba.

Con gran satisfacción nos habló El Che de los logros obtenidos por la Revolución cubana en el campo de la reforma y producción agraria, el cooperativismo, la alfabetización rural, la educación popular, la sanidad y vivienda, el deporte y la cultura en general, y la organización de masas en defensa de su revolución. Comparamos lo que estaba ocurriendo en Cuba con la situación en Guatemala. Nuestro país se encontraba estancado en su desarrollo, después de que los grandes terratenientes habían vuelto a hacerse con el poder político y los EE.UU. habían reforzado su presencia, volviendo a convertirla en semicolonias del imperialismo. Las fuerzas represivas del Gobierno, el Ejército y la Policía, perseguían, asesinaban, apresaban y torturaban a todo aquel que osaba oponerse al sistema de dominación imperante. La población campesina seguía siendo explotada por los finqueros, ya que los principales productos de exportación del país continuaron siendo el café, el banano y el algodón, y los beneficios obtenidos sólo servían para enriquecer cada vez más a los ricachones de siempre y a la United Fruit Company, que monopolizaba la producción y comercialización del banano. El Gobierno no destinaba dinero para campañas de alfabetización y educación pública, construcción de viviendas populares y hospitales. Todo lo contrario, los recursos nacionales, como el petróleo y las maderas preciosas del Petén, eran entregados a compañías norteamericanas y a empresarios cubanos batistanos en calidad de concesiones para su explotación, a cambio de jugosas tajadas para el hijo y yerno del Presidente Ydigoras. Los grandes negocios de estos dos pícaros y de diversos amigos mafiosos del Presidente Ydigoras llegaron a ser tan escandalosos, que el mismo Ejército que lo sustentaba le dio poco después un golpe de Estado. Verdaderamente, toda comparación entre la situación existente en la Cuba revolucionaria y la Guatemala de la corrupción y los crímenes en contra del pueblo era sencillamente ridícula, y todos lo sabíamos. De ahí que las fuerzas revolucionarias guatemaltecas se encontraran empeñadas en cambiar el estado de cosas en nuestro país, recurriendo a la lucha armada como última opción.

Contestando diversas preguntas de los compañeros, El Che con voz grave nos habló extensamente sobre la criminal actividad de la CIA y sus agentes en Cuba, y de cómo desde los inicios de La Revolución esa tenebrosa organización del imperialismo yanqui no había cesado de provocar dificultades a la economía cubana, de armar bandas de agentes contrarrevolucionarios en las montañas del Escambray para asesinar a numerosos jóvenes alfabetizadores, sembrar el terror y

causar cuantiosos daños materiales en las cooperativas de producción. El Gobierno norteamericano patrocinaba desembarcos de mercenarios cubanos para realizar sabotajes y crímenes de todo tipo, habiéndose atrevido, incluso, a llevar a cabo la derrotada invasión de tropas cubanas contrarrevolucionarias en abril de 1961. El Che también condenó el bloqueo a Cuba impuesto por el Gobierno de los EE.UU., a fin de debilitar materialmente la Revolución y doblegar la moral combativa del pueblo cubano; la actividad diplomática internacional de esa potencia en contra de la Isla de la Libertad; y su instrumentalización de los gobiernos cipayos latinoamericanos para establecer sanciones contra Cuba a través de la Organización de Estados Americanos. Nos contó cómo el Gobierno y el pueblo cubano hacían todo lo posible, luchando contra viento y marea, por sacar adelante su Revolución, combatiendo a los agentes norteamericanos y a sus enemigos contrarrevolucionarios dentro de su territorio y, a nivel internacional, denunciando las actividades del imperialismo y el bloqueo norteamericano ante las Naciones Unidas, ante los países hermanos del bloque socialista, y actuando en su comercio con los países capitalistas como si todas esas sanciones no existieran.

Como hacía pocos meses que se había producido una gran movilización en toda Cuba por la llamada "Crisis de Octubre" de 1962, hablamos extensamente sobre ella. El Che nos contó cómo ésta había sido creada por la propaganda del Gobierno y los medios de difusión norteamericanos que se dedicaron a proclamar históricamente que los soviéticos y cubanos estaban preparando una sorpresiva guerra nuclear relámpago contra los EE.UU., y que para llevar a cabo tales designios estaban instalando misiles nucleares y desplegando cientos de miles de soldados rusos en toda Cuba. Nos enteramos por boca del Che, que lo que el Gobierno de los EE.UU. quería, en realidad, era crear ante la opinión pública norteamericana e internacional, el clima propicio para una invasión a Cuba, la cual debía iniciarse con oleadas de bombardeos a objetivos militares y civiles, a fin de sembrar el terror y forzar la capitulación del Gobierno cubano. La histeria creada por el gobierno de John F. Kennedy tuvo al borde de la guerra nuclear al mundo, ya que los norteamericanos, siguiendo su estrategia, amenazaron con atacar a Cuba si los soviéticos no permitían que sus buques que se dirigían a la isla antillana fueran abordados y revisados por la marina yanqui, y los misiles ya instalados desmantelados y retirados del territorio cubano. Para sorpresa de los norteamericanos, los soviéticos aceptaron la revisión, pero a cambio de una promesa del Gobierno de Kennedy de no atacar Cuba. De ésta manera le ataron las manos al imperialismo. El Che nos habló ampliamente sobre ese problema, asegurándonos que, como país soberano, Cuba había firmado un Tratado de Defensa con la Unión Soviética. En virtud de este Tratado, los cubanos tenían derecho a elegir las armas que consideraran más apropiadas para defenderse de los permanentes planes de invasión y ataque norteamericanos. Nos dijo el Che que si los soviéticos habían accedido a las presiones y amenazas norteamericanas, lo habían hecho sin la anuencia del Gobierno cubano, lo cual había creado un fuerte malestar dentro del Gobierno revolucionario y el pueblo cubano, que estaba decidido a resistir y darle su merecido a los yanquis. Nos dijo que el Gobierno cubano sabía que los imperialistas ya habían desechado sus esperanzas de acabar con la Revolución por medio del asesinato del Comandante en Jefe Fidel Castro, el sabotaje a la producción y las bandas armadas contrarrevolucionarias como las que subvencionó la CIA en Guatemala para derrocar a Arbenz. Una vez desechados los métodos mencionados, los norteamericanos veían un ataque con tropas de élite contra Cuba como única

manera de acabar con la Revolución. Lo único que hasta entonces los había detenido era la popularidad del Máximo Líder de la Revolución, y que el pueblo cubano estaba armado y dispuesto a defender sus logros acabando con todo aquel yanqui que pisara suelo cubano. La suposición del Gobierno norteamericano de que Cuba poseía armas nucleares "ofensivas" sólo sirvió para crear el clima propicio para la invasión. Los norteamericanos no tenían pruebas concluyentes de que tales armas ya estuvieran instaladas, pero las fotos de la Isla tomadas por sus satélites espías alimentaron su propaganda bélica. Con mucha admiración se refirió El Che al increíble desarrollo de la tecnología de espionaje espacial norteamericana, y jocosamente comentó cómo las fotos tomadas por los satélites yanquis eran capaces de sacar hasta el humo que despedían los cigarrillos que fumaban los técnicos soviéticos mientras trabajaban o se desplazaban a pie en las supuestas bases de misiles. Mientras nos contagiaba su admiración, nos reveló la fuerte impresión que le habían causado tales fotos, que ponían en evidencia que los satélites del Pentágono que surcaban el espacio tenían más efectividad y gozaban de mayor impunidad que una extensa red de espías o infiltrados de la CIA que enviara regularmente informes al coloso del Norte.

Poco antes de las 4 de la madrugada, todos comenzamos a denotar cansancio. El Che preguntó si había algo más que se le quisiera decir o preguntar, y Félix le indicó a Doña Rosario Boches que había llegado el momento de hacerle entrega al Comandante de su regalo. La vieja dirigente agraria sacó como por arte de magia un gran poncho momosteco, y se lo entregó al Che diciéndole que aceptara ese recuerdo de Guatemala en nombre de todos los integrantes de la delegación. El Che le sonrió a la compañera con afecto, dándole las gracias, pero diciéndole que difícilmente podía usar tal prenda contra el frío alpino en Cuba. "Quizás pueda utilizarlo como objeto de decoración en la pared de mi casa", dijo a manera de consuelo para todos nosotros, que rápidamente estuvimos de acuerdo con él en todo lo que había expresado. De repente añadió en son de broma, pero con picardía y con aire de complicidad: "Lo mejor sería que Uds. hicieran un Territorio Libre como hicimos nosotros cuando combatíamos en la Sierra Maestra, y me invitaran a unirme a Uds. Entonces yo regresaría a Guatemala y es seguro que usaría este poncho en la montaña". Nuevamente volvimos a reír todos su ocurrencia, que no deje de comentar en Guatemala a mi regreso. Años más tarde, cuando se conoció mundialmente que El Che ya no estaba en Cuba y la lucha armada revolucionaria en Guatemala vivía un auge sin precedentes, llegué, a pensar que estaba en las montañas de mi país satisfaciendo una vieja deuda de honor al estilo de los antiguos guerreros orientales, y utilizando el colorido poncho de lana momosteca de Doña Rosario Boches.

Casi antes de levantarnos de la mesa volvió a preguntar si había algo más que quisiéramos decir. Los compañeros titubearon. Era innegable que más de uno de nosotros tenía aún algo que preguntar o decir. Nos miramos los unos a los otros con ojos de "¡Decí algo vos!", pero nadie acertó a abrir la boca por última vez. Yo, que todo el tiempo había tenido el libro del Che ante su vista, esperando la ocasión de abrirlo y pedirle su autógrafo, llegado el momento de hacerlo sentí que me faltaban las fuerzas para hablar. Tenía la boca seca y sentía un nudo en la garganta que me impedía tragar saliva. Algunos compañeros que sabían el motivo de haber llevado el libro me hacían señas con los ojos, como diciéndome "¡Hablá pués!". Pero yo me había quedado petrificado por el temor a llamar la atención del Che por algo que ya me parecía de lo más cursi. Nunca antes ni después ningún

hombre me ha infundido tanto respeto como el que sentí esa madrugada habanera ante la avasallante personalidad del Comandante Che Guevara. De repente, cuando ya estaba a punto de levantarse de su asiento, y otros compañeros dispuestos a imitarle, me oí decir con voz emocionada, mientras sostenía su libro en mis manos: "Compañero Comandante: Vine a Cuba representando a la nueva generación de guatemaltecos que se han incorporado a la lucha por hacer de Guatemala un país más digno. ¿Sería Ud, tan amable de escribirle a la juventud combatiente y trabajadora de Guatemala unas líneas de aliento y de solidaridad en su lucha por la Revolución? Entonces se quedó mirándome con ojos llenos de malicia, y sonriendo me respondió lo que me temía: "Mirá Che Castellanos: No puedo escribirte nada en ese libro. En primer lugar, porque ya vos te has arriesgado mucho viniendo a Cuba. Es muy posible que tengas muchos problemas al regresar a Guatemala. Si te encuentran este libro con algo escrito por mí, podés estar seguro que no sólo vos, sino que también yo tendré problemas con las autoridades guatemaltecas. Siento no poder escribirte nada, pero es mejor dejarlo estar. En segundo lugar, como manual de guerra en la montaña este libro me parece que ya está anticuado. Si querés enterarte sobre cómo hacer una guerra de guerrillas, lo mejor que podés hacer es leer lo que están escribiendo los militares yanquis. Ellos son los que más saben de guerrillas actualmente...". Desde ese momento, hasta nuestro regreso a Guatemala, a fines de enero de 1963, tuve que soportar que algunos de los agregados me llamaran, con típica sorna chapina, "Che Castellanos". Sin embargo, sabiendo que no era posible conseguir lo escrito por los norteamericanos sobre la guerra de guerrillas, logré introducir a Guatemala el libro del Che, y pocos meses después era leído y estudiado con avidez por jóvenes combatientes revolucionarios en el Cerro de la Granadilla, en la Sierra de las Minas. Algún tiempo después, el libro se esfumó. Quizá cayó en manos del Ejército guatemalteco, confirmándose así que El Che tuvo razón al no escribir comprometedor para él nada en el libro.

"Bueno -nos dijo El Che a continuación-, Uds. tienen ahora que descansar, mientras que para mi comienza un nuevo día de trabajo". Entonces, para sorpresa de todos, y especialmente del Che, quien posiblemente pensaba que ya se había librado de nosotros, uno de los compañeros delegados gritó a todo trueno: "¡Que viva el Comandante Che Guevara!", "¡Que viva la gloriosa Revolución Cubana!", empeñándonos todos los restantes en corear las vivas. El Che, a su vez, con voz pausada y enérgica dijo también en voz alta: "¡Que viva Guatemala! ¡Que viva la Revolución Guatemalteca!", a lo cual volvimos a responder con vivas todos llenos de emoción y con un gran nudo en la garganta. Entonces El Che, sonriendo y muy afectuoso, comenzó a despedirse de cada uno de nosotros con otro apretón de manos, dándole un fuerte abrazo a Doña Rosario. Ya estábamos a punto de terminar de despedirnos de él, cuando jovialmente nos recordó que ese día, el 6 de enero, era muy importante para los niños y las personas en Cuba, por ser El Día de Reyes, y dando muestras nuevamente de poseer un gran sentido del humor, le recomendó a Tony, mitad en broma y mitad en serio, que a cada guatemalteco nos pusiera una botella de ron en la puerta de nuestra habitación del hotel, ya que por experiencia propia sabía que en Guatemala a todos nos gustaba mucho el fresco. A esto, celebramos todos su broma con grandes carcajadas de complicidad, deseando íntimamente que Tony no echara en saco roto el encargo. En medio de nuestras risas y la fría sonrisa forzada del comandante Barba Roja, El Che, haciendo un cómico gesto de resignación por la supuesta pesada carga, se echó el poncho momosteco al hombro, dijo nuevamente adiós a todos con la mano, y flanqueado por el voluminoso comandante Piñeiro y sus hombres de escolta, se dirigió pausadamente hacia la puerta

que conducía a su despacho. Regresamos al hotel llenos de alegría y satisfacción, comentando todos el encuentro y lo mucho que lo habíamos disfrutado en compañía del Che. Esa mañana, al levantarnos y abrir las puertas de nuestras habitaciones, tuvimos la esperada sorpresa de encontrar para cada uno, una cajita de cartón con botellas de diversos tipos de ron cubano. Los míos los degusté en Guatemala, en medio de los relatos que les hacía a mis compañeros de mis vivencias en Cuba. Mientras tomábamos, les enseñé algunos cantos, tonadillas y consignas revolucionarias escuchadas y rápidamente aprendidas.

Después de esa memorable madrugada volví a ver al Che, pero de lejos, en dos o tres actos oficiales de organizaciones de masas donde hizo acto de presencia. Siempre que asistía a tales actos, lo hacía en medio de la aclamación de los cubanos, que lo adoraban. Este año, pasados ya más de 36 años de lo que arriba he relatado, se cumplen 30 años del vil asesinato en Bolivia del Comandante Ernesto Che Guevara. Sus restos mortales han sido finalmente localizados, junto a los de otros de sus compañeros combatientes cubanos que le acompañaron hasta la muerte, y regresados a Cuba, país que adoptó como propio y que lo ha hecho uno de sus hijos predilectos. He considerado mi obligación escribir estas líneas y dedicarlas a la memoria de una de las personalidades más fascinantes que ha producido nuestro contradictorio siglo XX. A 46 años de su presencia en Guatemala, las lacerantes contradicciones sociales y la lucha de clases que él vivió continúan existiendo. La presencia del Che en Guatemala es aún viva, porque la reforma agraria continúa siendo una necesidad vital para destruir el poder de la oligarquía terrateniente. Sin esa reforma agraria que él señaló como el problema nacional, nunca se podrá encauzar al país por la senda del desarrollo y el progreso. Algún día, no lejano, esto sucederá. Entonces, la Guatemala que hizo de él un revolucionario, ya liberada de sus explotadores y verdugos, le rendirá el homenaje póstumo que se merece. Mientras tanto, cabe decir de él lo que Miguel de Unamuno dijo sobre Bolívar, otro célebre americano que, como él, dedicó su vida a luchar por la libertad de nuestros pueblos: "Sin él, la historia de la humanidad hubiese quedado incompleta". ¡Hasta siempre, Comandante Che Guevara!

**Recordando a Mario Payeras**

**Julio César Pinto Soria**

El 16 de enero de 1995 por la noche, un amigo nos dio la triste noticia de que Mario Payeras había fallecido ese día por la mañana, en la ciudad de México. Fue un golpe que nos hirió en lo más profundo, que no queríamos aceptar, no sólo por lo mucho que significaba para nosotros Mario Payeras, sino porque a nuestro ver se encontraba en la plenitud de su vida intelectual, un cerebro que todavía tenía para rato en su capacidad creativa. Sin embargo, finalmente, se imponía una salud quebrantada, un corazón debilitado por largos años de dura vida de guerrilla en las montañas, llena de limitaciones, bajo el signo del dirigente que predica con el ejemplo, soportando iguales trabajos y privaciones, a la par del más humilde de sus compañeros de lucha. Además, ese era un rasgo que le conocíamos desde su juventud: un desprendimiento muy propio de él, de colocarse en segundo lugar, de no darse nunca la importancia debida, y ahora pensamos que esa misma actitud lo llevó a descuidar un estado de salud que, tal vez, no necesariamente debía tener consecuencias fatales.

Escribir sobre amigos que han fallecido no es fácil, mucho menos hacerlo en forma pública; sin embargo, en el caso de Mario Payeras se impone, constituye un deber, una obligación. A nivel individual o personal, a través de la amistad, los ideales de la lucha compartida o los lazos de parentesco, Payeras compartió y perteneció a un pequeño círculo, pero, por la generosidad y trascendencia de su pensamiento y obra, le pertenece sobre todo a su querida patria Guatemala y más allá, uno de esos *condottiere* del siglo XX, a la humanidad. Por ello es necesario que hablemos los que, por algún motivo, lo conocimos de cerca, para que Guatemala, tan pobre en hombres de su talla y por la que dio la vida, lo empiece a conocer realmente.

Conocimos a Payeras 31 años atrás, en 1964, en una tarde de un frío mes de diciembre, en la ciudad alemana de Leipzig, el autor de estas líneas con veintitrés años, él un año mayor. Se iniciaba entonces para nosotros un tiempo que marcaría nuestras vidas. Como otros guatemaltecos de similar pensamiento e inquietudes, habíamos llegado a Alemania con el objetivo de estudiar una carrera útil para Guatemala: este autor, medicina; él, filosofía. Payeras, en el quehacer literario y en su vida política y guerrillera, no abandonaría nunca la filosofía, en un afán por entender y cambiar el mundo, sobre todo, para volverlo más humano. Payeras era fundamentalmente eso, un artista, como el "poeta Esteban" de Joyce, para quien cada época recibe justificación de sus poetas y filósofos, los elegidos para aprehender la vida, "para arrojarla allá a lo alto, entre la música planetaria". Por nuestro lado, en parte debido a su influencia, y después de plantearle a Miguel Angel Asturias en una oportunidad las incertidumbres de vocaciones y deseos más íntimos que nos llevaban al campo de las ciencias sociales y humanísticas, dejamos la medicina y nos dedicamos al estudio de la historia, al final de cuentas -nos justificábamos entonces- tan importante para Guatemala como cualquier otra carrera técnica.

Ahora recordamos que, cuando dimos ese paso, Payeras dijo en son de broma y triunfo, pues él había influido también en tal decisión, que las ciencias naturales habían perdido a favor de las sociales. Así lo recordamos, su figura delineándose a la par de la de Miguel Angel Asturias, como la

vez que escuchamos a éste declamar su "Tecún Umán", con voz de eco enmontañado retumbando entre los volcanes de la patria, desde la sierra de los Cuchumatanes hasta la del Merendón, grave, sonora, solemne. Cascada de voz que se graba para siempre y nos hace lo que seremos, nos da senderos por los que transitaremos de ahí en adelante.

Con Payeras hicimos desde el principio buena amistad, que se inició prácticamente cuando hurgaba nuestras maletas, buscando literatura que hubiéramos traído de Guatemala o de nuestro paso por México. Lo tratamos desde el inicio como Payeras o "el Gato", sobrenombre que traía ya de Guatemala por sus ojos claros. Fue siempre un hombre sencillo que, sin proponérselo, sobresalía por la broma o la observación aguda y la ironía que también podía ser hiriente, si de poner a alguien en su lugar se trataba. En realidad, entre nosotros dos no había mayores similitudes. Payeras procedía de estratos sociales medios, ya con una formación intelectual bastante sólida, producto de su paso por la Facultad de Humanidades en Guatemala y de su estancia en México. Si mal no recordamos, contó alguna vez que en México había tenido entre sus maestros a Wenceslao Roces, el español traductor de Hegel y de Marx, entre otros.

Quien esto escribe provenía de sectores más humildes de la capital guatemalteca. Detrás nuestro traíamos ya diez años de trabajo como artesano, con lo que nos habíamos ganado la vida, permitiéndonos una educación que, malo que bueno, desde el quinto grado de primaria hasta concluir la secundaria, habíamos realizado en escuelas nocturnas. Sin embargo también habíamos desarrollado, después de largas horas de lecturas, un interés y un gusto profundo por la literatura, que sería uno de los motivos que nos acercaría a Payeras. Por otro lado, si la formación recibida no había sido lo suficientemente buena, en alguna forma se había completado con nuestra vida de obrero y nuestros estudios en establecimientos nocturnos, pues ello nos había permitido, desde temprano, convivir y aprender de obreros, de gente adulta del pueblo.

En el Instituto Normal Mixto Nocturno, por ejemplo, conocimos a líderes estudiantiles de la talla de Edgar Ibarra y Carlos Toledo, ambos caídos en los primeros intentos armados por derrocar a la dictadura militar que imperaba entonces. Con ellos vivimos las gestas populares de marzo y abril de 1962, las manifestaciones estudiantiles y populares organizadas por el Frente Unido de Estudiantes Guatemaltecos Organizados (FUEGO) contra la oligarquía guatemalteca, como también vivimos el vil ametrallamiento de los estudiantes de la vecina Facultad de Derecho, que dieron lugar al recrudecimiento de las luchas populares contra el régimen corrupto de Miguel Ydígoras Fuentes, el viejo general ubiquista.

Ignoramos si Payeras las vivió directamente, pero para los jóvenes de entonces, las gestas de marzo y abril significaron nuestro bautismo en las luchas populares por Guatemala, aunque ya habíamos vivido las manifestaciones de 1956 contra Castillo Armas, a sólo dos años de la caída del gobierno revolucionario de Jacobo Arbenz Guzmán. El proceso revolucionario de 1944 había sido abortado con la intervención norteamericana de 1954, pero, poco tiempo después, se iniciaron las protestas populares en su contra, desencadenándose para Guatemala la represión más dura que ha conocido en su historia. A partir de entonces, el camino quedaría sembrado de innumerables héroes

anónimos, humildes obreros, artesanos, campesinos, profesionales, caídos en la lucha o en las mazmorras de la dictadura militar.

Similares inquietudes respecto a Guatemala y el interés mutuo por la literatura, fueron sin duda la base de una amistad que duró hasta su muerte, y que entonces se mantendría continua durante los tres años de estudio: de finales de 1964 a finales de 1967, año en que Payeras decidió dejar Alemania para integrarse al movimiento popular armado guatemalteco. Cuando dio ese paso, tenía ya innumerables poemas escritos y una novela concluida, la cual dio a leer al autor de estas líneas y a otros compañeros, y que tenemos entendido que llegó a manos de Miguel Angel Asturias, para quien Payeras, entre los jóvenes poetas guatemaltecos de aquel entonces, era su preferido, según palabras textuales de Blanca, la esposa de Asturias. Entre sus proyectos literarios se encontraba -nos relató alguna vez- el de escribir una nueva salida de Don Quijote, en pleno siglo XX, pero que tendría por escenario a la ciudad de Nueva York. Probablemente nunca encontró el tiempo para llevarlo a cabo, pero en cambio escribió *Los días de la selva*, donde describe las aventuras de un quijote guatemalteco en las selvas indígenas del Ixcán, luchando por la liberación de su país.<sup>22</sup>

A Payeras le gustaban también los sonetos -lo recordamos traduciendo uno de Goethe- y sabíamos que esto era una de las influencias de Miguel Angel Asturias, cuyos sonetos gustaba declamar. En una oportunidad, nos declamó uno que le había dedicado a Ernesto Che Guevara, *el guerrillero heroico*, en esos días de su muerte en Bolivia. Todo ello, la muerte de Otto René Castillo a principios de 1967 por la dictadura militar guatemalteca y un deseo profundo de servirle a su país, lo llevaron sin duda al camino que finalmente tomó.

A Alemania, Payeras llegó en 1964, procedente de Rumania, a donde había arribado de México para dedicarse a la filosofía. Sin embargo, ese país nunca le agradó, sobre todo su régimen político, y gracias a la intervención de Miguel Angel Asturias, él y otros compañeros guatemaltecos pudieron trasladarse a Alemania. Los años de universidad se caracterizaron por lo que suelen ser: un poco de bohemia, escasez material, pues la beca estaba bien calculada para pagar la habitación del internado y una alimentación bastante sobria, que a veces descuidábamos por la compra de libros, los cigarrillos y las cervezas. Aún conservamos una vieja máquina de escribir, que llevábamos a la casa de empeño hacia mediados del mes, para rescatarla el día que recibíamos la beca. Una historia que repetimos casi religiosamente por un buen tiempo. En la universidad, Payeras destacó todo el tiempo entre los mejores estudiantes, sólo que nunca lo vimos estudiar. Eso sí, siempre se le encontraba leyendo un libro o con él bajo el brazo rumbo al café, por lo regular junto con Carlos Marroquín, otro guatemalteco estudiante de filosofía que lo acompañaba desde su salida de Guatemala en 1960.

No sabemos si entonces se daba cuenta, pero él fue la persona que más influyó en nosotros en esos años, sobre todo por su integridad y transparencia, su vitalidad y buen humor, que nos hacía

---

<sup>22</sup> Mario Payeras, *Los días de la selva*, 3a edición (San José: EDUCA, 1985)

pasar horas agradables en el café, o bebiendo unas cervezas, pues cualquier cosa pretendía, menos pasar a la historia por santurrón. En esa forma vivimos momentos alegres, así como también compartimos más de algún problema con las autoridades de la República Democrática Alemana, cuyo verticalismo y divorcio del pueblo nos indignaba y nos llevaba a veces a la protesta un tanto airada. Su influencia la sentimos sobre todo en el lado intelectual, a través de la conversación y la discusión, la crítica o la recomendación de una lectura. El cariño de Payeras por Guatemala, su fina sensibilidad de poeta que le daba el privilegio de aproximarse más intensamente a ella, se lo conocimos desde esos tiempos. Recordamos nuestra primera navidad en Alemania, la cual celebramos con otros compañeros guatemaltecos y latinoamericanos y, en una mezcla de nostalgia y alegría, nuestro país fue de inmediato el motivo de la conversación o la discusión airada. Uno de los guatemaltecos hizo una referencia despectiva sobre los indígenas, lo que provocó nuestra protesta e indignación, pues, siendo originario de la Verapaz, conocíamos bien desde niño esas actitudes de burla, utilización y discriminación del indígena de parte del ladino guatemalteco, lo cual siempre nos había molestado. Pasado el momento, Payeras sólo se reía, y medio en broma y burla, nos llamó "padre Las Casas"; pero, de inmediato, nos habló de un guatemalteco a quien debía leer, un autor que, hasta la fecha, era el que más se había interesado y comprendido el mundo indígena de Guatemala.

Se refería, desde luego, a Luis Cardoza y Aragón, quien con Asturias, Landivar y Pepe Batres Montufar, constituye uno de los hombres más importantes, de las letras guatemaltecas. Así empezamos a leer *Guatemala las líneas de su mano*, libro que influyó enormemente en nosotros, principalmente por la forma como aborda los procesos históricos de Guatemala, recalando en su problemática social y su situación de país atrasado y dividido por el conflicto étnico, y que sólo contaría algún día como nación, cuando se democratizara y los indígenas fueran de nuevo protagonistas de su historia.<sup>23</sup> La penetración profunda que hacía Cardoza y Aragón de Guatemala, como país inmensamente bello, pero también inmensamente triste y doloroso por los lastres que arrastra, nos impresionaron. Avergonzado de su formación estudiantil guatemalteca, Cardoza y Aragón relata cómo descubrió a Bernal Díaz del Castillo en París, y que a través de él, remontando las raíces milenarias de la patria, había descubierto verdaderamente a Guatemala. En alguna forma, conocer a Cardoza y Aragón tuvo para nosotros el mismo significado, sobre todo en nuestra formación de historiador.

Alguna vez, la frustración y la nostalgia de estar fuera de Guatemala nos invadía, frustración que profundizaba el hecho de que el socialismo alemán no llenaba de ninguna manera nuestras más caras aspiraciones sociales y humanísticas, no por su política social frente a la población o un trato descortés o inamistoso para con nosotros, sino por la forma cerrada y vertical como funcionaba como sistema social.

Ello se reflejaba claramente en el peso enorme y asfixiante del Estado, de sus funcionarios y, sobre todo, del partido y sus dirigentes, quienes si bien no formaban un grupo o capa social aparte, si

---

<sup>23</sup> Luis Cardoza y Aragón, *Guatemala, las líneas de su mano* (La Habana: Casa de las Américas, 1968).

se encontraban desvinculados de su pueblo, viviendo en un estatus de privilegios, ahogando y matando las mejores tradiciones revolucionarias del pueblo alemán, de quien se decían ser sus mejores representantes. Todo eso, desde luego, no tenía nada que ver con nuestras aspiraciones e ideales sobre el tipo de sociedad que aspirábamos para Guatemala y América Latina. En lo que concernía al Partido y Estado Alemán, se trataba de una evidente actitud dictatorial y paternalista frente a su pueblo, a quien se le achacaban comportamientos, actitudes y culpa en el encumbramiento del fascismo al poder. Era una visión claramente infantilista del pueblo alemán, que se reflejaba en un pensar, actuar y dirigir por él de parte del Partido, y esto, en la forma más irresponsable. Con todo, el sistema funcionaba y nosotros tratábamos de entender sus debilidades o las justificábamos con el pensamiento de que más adelante las cosas se arreglarían, serían distintas y mejores, sobre todo cuando cayeran las dictaduras en nuestros países y se estableciera en ellos un verdadero socialismo.

Por otro lado, nosotros nos considerábamos privilegiados, pues la condición de estudiantes nos daba acceso a lo mejor de la cultura alemana y sus tradiciones, al conocimiento de su historia revolucionaria, desde Tomás Münzer, el dirigente de los levantamientos campesinos alemanes de los tiempos de la Reforma luterana, Karl Marx, August Bebel, Rosa Luxemburg, los hermanos Liebknecht y hasta el dirigente obrero antifascista Ernst Thalmann, asesinado, como muchos otros, por Hitler. Las tradiciones literarias y humanísticas de Luther, Schiller, Goethe, Herder, Weber, hasta la literatura contemporánea, los hermanos Thomas y Heinrich Mann, Bertolt, Brecht, Anna Seghers, eran parte importante de la formación que recibíamos y la que nosotros, por propio interés, profundizábamos en inquietudes que traíamos desde nuestros años juveniles en Guatemala. Parte de la formación también era conocer los campos de concentración nazi; Buchenwald, en las afueras de Weimar, ciudad que simboliza la profunda amistad entre Goethe y Schiller; por ello para los alemanes constituye una ciudad monumento a la cultura de su país, pero los nazis, en clara ostentación de barbarie, al igual que incineraron los libros de los hermanos Mann y otros, convirtieron en un museo del terror.

El terror y la barbarie también la conocíamos. Nuestra adolescencia había transcurrido en un país marcado por la represión y la tortura, el secuestro con el crimen político despiadado, pero aquello de Weimar/Buchenwald superó a lo imaginable, sobre todo tratándose de un país de cultura milenaria, que le ha dado al hombre la música sublime de Beethoven, Bach y tantos otros. Nos encontramos en Buchenwald con un verdadero campo de experimentación del sadismo: bolsas elaboradas para las esposas de oficiales nazis con la piel de algún judío; en un recipiente, un corazón atravesado directamente en el centro por una bala; la tecnología alemana cuidadosamente aplicada, aprovechando la incineración de los cadáveres de judíos para crear calefacción en la alcoba del funcionario de Buchenwald. Aunque sin duda se trataba de una más de las tantas formas de exterminio nazi, nos dejó pasmados, por la pavorosa frialdad del procedimiento, una forma de exterminio judío. Supuestamente, las víctimas eran sometidas a exámenes rutinarios de salud, los que culminaban en una habitación aparte, lugar donde se les medía la estatura, pero era el momento en que, desde un orificio en la pared, alguien les daba un balazo en la nuca.

De allí nacía también nuestra identificación con la República Democrática Alemana, que a través de una educación humanista del pueblo trataba de erradicar esta barbarie fascista, pero también

denunciando esas taras y aberraciones producto del chovinismo y de las peores tradiciones de una Alemania reaccionaria y expansionista, que había predicado la superioridad racial del alemán sobre los otros pueblos. Ese nacionalismo aberrante, había tenido su mayor y más nefasta culminación en el hitlerismo nazi y, probablemente con alguna razón, al pueblo alemán se le achacaba parte de la culpa, por sus simpatías nazis, sus ínfulas de pueblo superior, como lo inculcaba también el viejo himno: "Alemania, Alemania sobre todo", que el gobierno de la República Democrática Alemana había cambiado por otro de hermandad y solidaridad.

También nos satisfacía que la República Democrática Alemana fuera considerada como uno de los primeros países industriales del mundo, lo que también se nos remachaba constantemente, en una práctica que a veces nos hacía pensar en nuevas actitudes neocolonialistas, pero, esta vez, desde un poder socialista. Sin embargo, poco a poco, nos fuimos dando cuenta que ese estado próspero de la economía era también resultado de la tradición de trabajo del obrero alemán, que se reflejaba en la fábrica como en la actividad intelectual. También nos dimos cuenta que mucho era simple propaganda, que el alto rendimiento alemán, a veces sólo estaba en el papel, que el obrero no rendía todo lo que podía, porque no le satisfacía el sistema de control estatal, el dirigismo del partido y del sindicato, lo cual sólo creaba apatía, indiferencia y su distanciamiento frente a un sistema que no sentía como propio. Lo sabíamos porque para complementar la beca que recibíamos, más de una vez trabajamos en esos lugares, que Payeras llegó a conocer bastante bien. En una de esas temporadas de trabajo, en una fábrica de la ciudad industrial de Riesa, recordamos a Payeras, en una de las pausas de trabajo, leyendo no sabemos si a Marcel Proust o *la Montaña mágica* de Thomas Mann.

Toda esa situación de la República Democrática Alemana nos impactó y nos desilusionó, pues nos dimos cuenta de que el socialismo alemán no había pasado más allá de implantar una política social de alguna trascendencia para su pueblo, y sí caído en una dictadura más como las que ya se conocían, con la persecución, intolerancia y represión del adversario. Sin embargo, eso nunca nos hizo desistir de nuestros ideales de justicia social, de que el socialismo era la única alternativa frente al capitalismo, con la larga historia de guerras, etnocidios y genocidios, de barbarie humana, su alienación del ser humano a través de su política del consumo por el consumo. En realidad, con nosotros el sistema alemán se había comportado hasta "pichicato", pues no aprobaba del todo la lucha de nuestros países, nos hacía dependientes de la adhesión a líneas políticas, para darle apoyo al estudio.

En los últimos años, con otro compañero guatemalteco, hicimos estudios de postgrado para profundizar nuestra formación y conocimientos, y porque el retorno a Guatemala era casi imposible por la represión imperante, especialmente peligrosa para aquellos que habíamos vivido o estudiado "detrás de la cortina de hierro". Por eso debíamos de continuar nuestros estudios, y aprovechar la estancia europea para la búsqueda de documentación histórica referente a nuestro país, en archivos como el de Sevilla, Madrid o Londres. Sin embargo, hasta esto se nos negaba, porque habíamos perdido el contacto con los compañeros guatemaltecos, pero también por no ser totalmente afines a la política alemana, por haber sido siempre en alguna forma rebeldes y con propia opinión. Al final, pudimos realizar esos estudios y viajes de investigación, gracias al apoyo de otros amigos, por ejemplo, el que

nos prestó todo el tiempo el profesor Manfred Kossok quien, al igual que el profesor Walter Markow, había guiado prácticamente nuestra formación como historiador en Alemania.

La negación por parte de Payeras del socialismo alemán se nos grabó también profundamente. Ya en espera de salir de Berlín, a finales de 1967, nos juntamos una noche, y en una conversación sobre el régimen alemán y sus aberraciones, aseguró que el primer tiro que disparara en Guatemala como rebelde sería contra tal sistema.

Sin embargo, Payeras siempre vio en el propio pueblo alemán fuerzas capaces de llevar a una verdadera democracia popular, pues, a pesar de todo, sus mejores tradiciones y aspiraciones por el socialismo se mantenían vivas. Las conocíamos a través de nuestro trato diario con la población, con estudiantes o con los obreros cuando compartíamos con ellos horas de trabajo. Sabíamos que en el inicio de la República Democrática había habido toda una oleada de entusiasmo popular por construir un nuevo país, que con el esfuerzo y sacrificios de miles de militantes se habían puesto en marcha medidas trascendentales que modificaron, por ejemplo, el sistema educativo y dieron lugar a una distribución más justa de los frutos del trabajo; todo ello, con el fin de crear una Alemania más humana y socialista, que asegurara definitivamente que en su territorio no crecieran de nuevo las fuerzas nefastas y voraces que habían llevado a las dos últimas guerras mundiales. La divisa era, que de parte del territorio alemán nunca más debía desencadenarse una guerra. Sin embargo, todas estas aspiraciones habían sido defraudadas por el tipo de socialismo de Estado implantado y sus características, tal y como señalábamos en líneas anteriores.

Muchos años después, cuando la debacle del socialismo real ya se había consumado, conversando una vez en la ciudad de México, Payeras nos señaló de nuevo las potencialidades revolucionarias del pueblo alemán, con la actuación de líderes y personalidades políticas de la antigua República Democrática, quienes, en las nuevas condiciones de la reunificación de Alemania, podían retomar los viejos ideales. En 1988, antes de que empezara todo el movimiento que diera fin con el sistema de Estados socialistas, Payeras ya había expresado en un trabajo titulado "Filosofía y naturaleza", el derecho o la obligación del obrero alemán a expulsar del poder a quienes, en nombre suyo, habían desvirtuado los principios del socialismo y los había sumido en el desprestigio.<sup>24</sup> Lo consideraba también necesario para un renacimiento del pensamiento científico, y el de la propia filosofía marxista:

Y no podrá haber una nueva filosofía sin una nueva praxis de los filósofos. La patria de la "gran filosofía" dará nuevos maestros cuando el albatros de la revolución despliegue otra vez su vuelo en la borrasca y cuando en la parte socialista los trabajadores emprendan la subversión de su propia primavera.

---

<sup>24</sup> Mario Payeras, "Filosofía y naturaleza", manuscrito inédito. 1988

Ese espíritu rebelde fue el que llevó a Payeras a levantarse en armas, y eso permaneció toda su vida: un eterno rebelde contra órdenes establecidos que le niegan al hombre el derecho a la plenitud de la vida en libertad.

Finalmente, retornamos a Guatemala a mediados de 1978. A pesar de los descontentos y dificultades señaladas, habíamos hecho de la República Democrática Alemana nuestra segunda patria, no por la simple seguridad material que nos brindaba, pues, para muchos, cualquier lugar que asegure la cómoda sobrevivencia se vuelve "patria", sino porque en ella construimos una propia familia y conocimos gente que permanecerían amigos para toda la vida, pero sobre todo, porque el pueblo alemán nos había dado generosamente la oportunidad de la formación universitaria en el campo de la historia. Concluidos los estudios, y después de haber trabajado en algunos archivos europeos, el ejercicio de nuestra profesión (de esto estábamos plenamente conscientes) sólo tendría sentido viviendo y trabajando en nuestro propio país.

Precisamente en el tiempo de nuestra llegada, con el arribo al poder del general Lucas García en junio de 1978, se inició otra ola de represión y muerte en Guatemala, que afectó en mucho a la Universidad de San Carlos. Se desató entonces una cadena de asesinatos; por ejemplo, el del dirigente de la Asociación de Estudiantes Universitarios (AEU), Oliverio Castañeda de León, el 20 de octubre de ese año. A principios de 1979, también fue asesinado Manuel Colom Argueta, líder popular a quien habíamos tratado como investigador que era del CEUR, centro de investigación de la Universidad de San Carlos al que nos habíamos incorporado como historiador.

En tal situación, vivimos también la zozobra y la inseguridad de muchos otros universitarios que, sin estar vinculados a ninguna organización política determinada, podían ser objeto del terrorismo de Estado con el simple objetivo de sembrar pánico y terror en la población, pero también para deshacerse de aquellos que en un momento dado el régimen consideraba peligrosos. Eso era lo que sucedía en la capital, y sólo suponíamos que la gente del campo tenía que estar en peores condiciones, sin las oportunidades que en alguna forma presenta la gran ciudad para salvaguardar la vida. Tiempo después, se supo de las grandes masacres del interior; mujeres, niños y ancianos asesinados inmisericordemente, niños destrozados contra los árboles, lo que sólo habíamos escuchado del nazismo alemán, de niños exterminados estrellándolos contra las paredes. Es que la barbarie y el terror no es monopolio de pueblo alguno; están vinculados a sistemas inhumanos de dominación, independientemente de la nacionalidad.

Estamos seguros que la mayoría de universitarios asesinados en la ciudad capital era de este tipo de gente: estudiantes, catedráticos, investigadores, funcionarios, más de algún decano de facultad, sin vinculaciones políticas directas, a no ser la oposición válida contra cualquier clase de régimen que niega la libertad y destruye la vida.

Toda muerte de un ser querido nos afecta, pero el caso que más nos dolió fue el asesinato de Flavio Quesada Saldaña, un muchacho nicaragüense estudiante de Arquitectura en la Universidad de San Carlos. Desde nuestra llegada, Flavio nos buscó, pues tenía gran vocación para la investigación

científica y le gustaba también la historia; por ello, más de una vez se acercó a nosotros en búsqueda de ayuda o consejo para los trabajos que realizaba. En el CEUR había auxiliado a Meme Colom Argueta en investigaciones sobre historia territorial de Guatemala. A sus escasos 26 años, ya tenía un libro escrito sobre la historia de la división administrativa de Guatemala.<sup>25</sup> A esa temprana edad, le tocó también asumir la dirección del CEUR, en unos de esos momentos en que alguien debía abandonar el país por el peligro de muerte.

Flavio fue asesinado en marzo de 1985, frente a sus dos pequeñas hijas, por sicarios del régimen del general Oscar Mejía Víctores. La Universidad de San Carlos vivía entonces momentos difíciles, en una nueva ola represiva que debía descabezar a todos aquellos que el régimen, por su liderazgo, consideraba peligrosos, como era el caso de Flavio. El rector de entonces, Eduardo Meyer Maldonado, uno de esos profesionales guatemaltecos que hacen de la rectoría un trampolín para llevar a cabo sus mezquinas aspiraciones políticas, había externado pocos días antes, que Flavio era uno de los elementos radicales de la Universidad. En la situación que se vivía, era como una señal para las fuerzas represivas, y esto molestó mucho a Flavio, pues el señalamiento era realmente irresponsable y peligroso, que podía tener graves consecuencias, como finalmente las tuvo.

A raíz del asesinato de Flavio, varios miembros del CEUR nos vimos directamente amenazados, al grado que llegamos a pensar en abandonar el país, y un amigo y colega hasta nos ofreció pasajes y apoyo material para dar el paso. Dos cosas nos retuvieron: cierta terquedad, de no darle con ello gusto a la gente ruin que rige y domina a Guatemala; y porque nuestra cuota de estancia en el extranjero la teníamos más que llena. El estado de inseguridad y zozobra solamente desapareció cuando, a través de amigos intermediarios, se le habló al general Alejandro Gramajo, entonces un alto funcionario militar del régimen. Se le reiteró que el CEUR se dedicaba exclusivamente a su actividad académica, mostrándole como prueba algunas de nuestras publicaciones. Como por arte de magia, cesaron las persecuciones que vivían entonces varios compañeros. Estas líneas deben constituir un pequeño tributo a la memoria de Flavio Quesada, cuya vida también está vinculada a la de Mario Payeras a través de la entrega a Guatemala, con la oposición al sistema inhumano que la rige, actitud que les costó, como a muchos otros, finalmente la vida.

En lo que respecta a Payeras, tiempo después de su partida, en Alemania circuló la versión de que había muerto en combate, algo que nunca se confirmó y que, intuitivamente, nunca dimos por algo real, tal vez porque no se insistió en el hecho, que también podía ser cierto, como cualquier otro caso de la infinidad de muertos y desaparecidos en Guatemala. Tuvimos noticias sobre Payeras a principios de 1980, a través de una noticia de la radio, de que la Casa de Las Américas, en La Habana (Cuba), le había premiado su libro *Los días de la selva*, donde narra las experiencias de su vida guerrillera. Después, también supimos que era uno de los principales dirigentes del movimiento

---

<sup>25</sup> Flavio Quesada Saldaña, *Estructuración y desarrollo de la administración política-territorial de Guatemala, en la colonia y la época independiente* (Guatemala: Editorial Universitaria, 1983).

revolucionario armado guatemalteco, y por algún tiempo, uno de los responsables en la ciudad capital, como lo destaca él mismo en su otro libro, *El trueno en la ciudad*.<sup>26</sup> Tiempo después, nos hizo llegar una nota donde nos decía que, en 1981, nos había visto en una de las calles de la ciudad capital, con "la misma cara de Am Ziel", el nombre de un restaurantito que solíamos frecuentar en Alemania. Fue en 1989, en la ciudad de México, cuando tuvimos la oportunidad de conversar de nuevo, después de más de dos décadas. De repente, teníamos frente a nosotros al Payeras de siempre: sencillo, vestido con la misma humildad de entonces, con su sonrisa fina, contemplativa, un poco burlesca, que denotaba su sentido profundo por la vida que le conocíamos. Destacaba también su sencillez, por cierta fatuidad de que hace gala en general el escritor e intelectual guatemalteco, tal vez por ser al final de cuentas un privilegiado en un mundo de indígenas y analfabetos pobres. La conversación recorrió como si nos hubiéramos dejado de ver el día anterior, accesible como siempre. Pues él, entonces, ya había dado una gran vuelta, su figura había crecido con su obra literaria, que tenía ya reconocimiento internacional, pero también por sus hechos políticos y por su vida guerrillera que lo habían convertido, como el comandante Benedicto, en un personaje casi legendario.

Como dijimos, Payeras era admirador de los sonetos de Asturias, en especial de "Ulises", que gustaba declamar:

Intimo amigo del ensueño, Ulises  
volvía a su destino de neblina,  
un como regresar de otros países  
a su país. Por ser de sal marina  
su corazón surcó la mar meñique  
y el gran mar del olvido por afán,  
calafateando amores en el dique  
de la sed que traía. Sed, imán,  
aguja de marear entre quimeras  
y Sirenas, la ruta presentida  
por la carne y el alma ya extranjeras.

Su esposa le esperaba y son felices  
en la leyenda, pero no en la vida,  
porque volvió sin regresar Ulises.

En esa oportunidad en México, medio en broma y provocándolo un poco -pues habíamos llegado procedentes de Guatemala- le preguntamos sobre su vuelta al país, y nos respondió burlescamente, que él era un "ciudadano del mundo", lo que también era cierto. Sin embargo, las

---

<sup>26</sup> Mario Payeras, *El trueno en la ciudad: episodios de la lucha armada urbana de 1981 en Guatemala* (México, D.F.: Juan Pablos Editor, 1987).

verdaderas razones de su corazón eran otras, y se mostrarían pocos años después, en octubre de 1994, cuando hizo el intento, a sólo tres meses de su muerte, de retornar a Guatemala. Se lo impidió el tener que someterse a una amnistía vergonzosa que le impuso el gobierno de Ramiro De León Carpio, que no podía aceptar y no aceptó. Se cumplió así también para Payeras, como para Rafael Landívar, Cardoza y Aragón, y el propio Asturias, el duro y amargo tiempo del destierro como destino de su vida.

Malograda no es palabra que pueda usarse para calificar su vida, pues la vivió plenamente hasta el último minuto, de acuerdo con sus ideas y convicciones políticas, dejando un legado intelectual y literario sumamente rico, donde destaca tanto la profundidad del pensamiento filosófico o étnico, como el verso o el cuento bien cincelado con mano de artista. Sin embargo, pensamos que su alforja de poeta y novelista aún no había dado todo lo suyo, que recién empezaba a dar sus primeros frutos, que pudo haberle aportado a nuestro país y a la América Latina mucho más obra literaria, de la trascendencia de los que sí tuvieron el tiempo para llevarla a cabo, como Asturias, Cardoza y Aragón o Pablo Neruda.

Cuando hablamos en México, tenía ya algunos años de haber tomado otros caminos políticos, buscando fuera de la lucha armada senderos que llevaran igualmente a los mismos fines de justicia, democracia y bienestar social para el pueblo guatemalteco. Además de la literatura y la política, a las que entregó principalmente su actividad intelectual, le interesaba de sobremano la ecología, el mundo real y mágico de la fauna y la flora guatemalteca, que en medio de las privaciones de la vida insurgente, había aprendido a apreciar y valorar en las montañas y selvas de la patria, y que rescata también en otro libro suyo, *Latitud de la flor y el granizo*, sobre todo en el contexto de su depredación a partir de la invasión española.<sup>27</sup>

Su distanciamiento de la lucha armada como método de lucha, no significó de ninguna manera un cambio en la base de su pensamiento político. Su fe en el socialismo como meta para la humanidad seguía siendo la misma, pues negó hasta el último momento al capitalismo, como sistema que le veda al hombre sus mejores realizaciones. La preocupación por entender y fundamentar teóricamente la nueva situación política, imperante en Guatemala a partir del golpe militar de 1982, la expuso en una publicación periódica, "Opinión política", vocero de Octubre revolucionario, la nueva entidad que fundó a raíz del rompimiento con su antigua organización guerrillera, el Ejército Guerrillero de los Pobres.<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> Mario Payeras, *Latitud de la flor y el granizo y otros escritos sobre el medio ambiente mesoamericano*, 2a edición (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Instituto Chiapaneco de la Cultura, 1993)

<sup>28</sup> Los escritos de "Opinión política" se encuentran principalmente en Mario Payeras, *Los fusiles de octubre* (México, D.F.: Juan Pablos Editor, 1991).

En Payeras es también admirable su profunda y cabal comprensión de la problemática indígena, producto de su agudeza intelectual, pero también de su compromiso y praxis política, de su inmenso cariño hacia la población indígena. Todo ello le llevó a valorizar el mundo indígena como uno de los elementos más decisivos de la futura nación guatemalteca, por ser pueblo que se realiza diariamente a través del trabajo, por el rico significado de sus tradiciones culturales y formas de convivir democrático, actitudes de vida, respeto mutuo y para con la naturaleza. Esto, desde luego, sin caer en folklorismos e idealizaciones, pues señaló también obstáculos y limitaciones que enfrenta la población indígena: analfabetismo, extrema pobreza, etc., como resultado de la opresión y subdesarrollo en que vive Guatemala desde el arribo español. Esta posición la sostuvo ya en 1982, en un documento escrito a nombre de su entonces organización política, el Ejército Guerrillero de los Pobres, tiempo en que el pensamiento intelectual sobre Guatemala todavía era dominado, tanto de parte de la derecha como de la izquierda ortodoxa, por una visión de negación del mundo indígena, postulando asimilismos e integracionismos a tipos de sociedad supuestamente superiores a la suya.<sup>29</sup>

La permanencia de su pensamiento revolucionario, después de su desvinculación del movimiento armado, su negación al orden político imperante en Guatemala, nos la hizo ver también en el derecho y obligación que tenemos de estar en contra suya desde el momento en que había hecho del repartimiento de mano de obra forzada indígena su propia y más profunda naturaleza, a partir de la conquista Española. En esa ocasión en México, percibimos en él, sin embargo, un cansancio y aversión por la violencia, que tanto había ensangrentado al país, y un deseo por emprender nuevos métodos de lucha política.

En México, nos pidió también autorización para publicar un texto que escribimos sobre las formas de trabajo en la época colonial, pues se encontraba intensamente ocupado en proyectos editoriales que debían contribuir igualmente a la liberación de Guatemala, con el surgimiento de un pensamiento intelectual, crítico y pluralista, pero plenamente comprometido con nuestro país. Pocos años después, en una nota, nos comunicó su interés por editar una revista. La revista debía buscar aglutinar "a todos aquellos intelectuales críticos y cuya aspiración es el cambio social y político en el país", decía textualmente. La revista debía ser,

a la vez ventana intelectual y aglutinador de la capacidad dispersa, de absoluto rigor intelectual y del mayor nivel posible, de manera que constituya un medio de peso y represente en su desarrollo la conformación de un orden cívico e intelectual, y conforme se abran posibilidades en el país sea un vocero y una referencia crítica. No sería radical sino plural.

---

<sup>29</sup> Mario Payeras, *Los indígenas y la revolución guatemalteca* (Guatemala: Ejército Guerrillero de los Pobres, 1982).

Se había desvinculado de la lucha armada y ese era precisamente el tipo de proyectos que lo ocupaban, buscando cauces en la vida cívica, a través de su quehacer literario, y con su ejemplo político de hombre ineludible en sus principios.

Su proyecto de revista lo haría realidad con la publicación de *Jaguar-venado*, cuyo cuarto número preparaba cuando lo sorprendió la muerte, en un humilde hospital de la capital mexicana, sencillez que venía a simbolizar una existencia vivida así para los humildes de su país. Con Payeras murió una parte de nuestros mejores años, pero su actitud ante la vida, su profundo cariño por Guatemala, haberlo conocido en todo ello, enriqueció definitivamente nuestra propia vida.

Guatemala, octubre de 1995.



Mario Payeras

*CENTRO DE ESTUDIOS URBANOS Y REGIONALES*  
*--CEUR--*

*UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS DE GUATEMALA*  
*--USAC--*

Edificio S-11; Tercer nivel  
Ciudad Universitaria, 01012  
Ciudad de Guatemala, Guatemala  
Centro América

Teléfono FAX  
(502) 2476-9853  
(502) 2476-7701

(502) 2443-9500  
Ext. 1155 y 1694

Correo electrónico:  
[usacceur@usac.edu.gt](mailto:usacceur@usac.edu.gt)

<http://ceur.usac.edu.gt>